

VIAJE INOLVIDABLE

Sor María Ángela Zúñiga Fernández
Religiosa de Nuestra Señora de Sión

San José, Costa Rica
2012

VIAJE INOLVIDABLE

Inolvidable viernes 15 de setiembre de 1989, igran día de la patria! Dichoso día designado para llevar a cabo el acontecimiento más grande de mi vida: **un viaje**. El viaje de los viajes: nada menos que a **Roma** y, algo increíble, a **Israel**.

Tú sabes, Señor, cuánto deseaba yo conocer tu tierra, el pueblo que te vio nacer y morir, la tierra que Tú pisaste... Que yo también pudiera tocarla, verla, pisarla, conocerla, admirarla, tomar de su agua, comer de sus frutos... ¡increíble!

Sor María Ángela Zúñiga Fernández
Nuestra Señora de Sión

LA IDA



Viernes 15 de setiembre

Gran día de la patria. Sor María Martínez, sor Virginia Bonilla, sor Amparo Quesada, sor Argentina Elizondo y yo partiremos hoy hacia Roma e Israel, por IBERIA. Sor Carmen Cini se unirá a nosotras en Roma, pues ella salió algunos días atrás y está con su familia en Francia.

Por fin llegó el día y la hora. Salí de Coronado (mi comunidad), acompañada de sor Virginia Solís, a las 9:45 a. m., rumbo a la Casa Provincial. Un almuercito rápido y bulla, paquetes, valijas, recomendaciones... ¡Qué alegría!

Luego llegó sor Cristina, quien nos llevaría al aeropuerto. Despedidas. Yo me palpaba los brazos: ¿será verdad?

Ya en el aeropuerto, a hacer fila con las valijas. ¡Qué emoción! Presentar el pasaporte, ver irse las valijas. Cuando estuvo todo listo nos fuimos a la sala de espera, donde se nos juntaron las familias de María, Amparo y Virginia. Llegaron también sor Corina, sor María Eugenia y sor Emilce. ¡Fue una gran alegría!

Anunciaron el vuelo y caminamos bien juntitas. Revisaron papeles. Hay que pasar el maletín por una especie de mesa con una faja que da vuelta, para revisar lo

que uno lleva. Terminado esto fuimos a una sala muy linda, alfombrada. No sabíamos qué hacer. Es muy grande y tiene muchas cosas. Las ventanas dan al campo de aterrizaje. Me faltaban ojos. Llegó un avión, y al momento entró a la sala una gran cantidad de gente que estaba en tránsito. ¿Qué será?, me preguntaba.

Por fin llamaron a los pasajeros en tránsito y luego a nosotras. ¡Qué emoción! Pasamos por una puerta y luego siguió la manga (una especie de túnel largo, estrecho) y de pronto, la puerta del avión. No se ve nada, solo manteados.

De uno en uno los pasajeros presentamos el pasaporte a unos señores, quienes nos indicaron por cuál lado se debía entrar. Cada asiento tiene un número arriba, que casi no se ve, y a cada persona le corresponde un número de asiento. ¡Qué sorpresa la entrada al avión! Yo, toda ojos. ¡Qué belleza! Es enorme, con alfombra de color azul hortensia, los asientos estrechos, pero se cabe bien. En el lugar encontramos una cobijita de cuadros muy linda. Ya bien acomodadas, mirando para todos lados, esperando el despegue. ¿Cómo será? Sentimos miedo.

A las tres de la tarde despegamos. El cinturón bien puesto. Empieza el avión a moverse despacio, avanza, da vuelta, avanza más rápido, más rápido... y por fin despega: ¡una maravilla!, no se siente casi nada. Se eleva recto. ¡Es muy lindo! Nos mirábamos y... tranquilas.

Yo puse el viaje en las manos de Jesús y de María. Me confié a ellos. Pensé en todo el mundo pendiente de nuestro viaje, en los de casa. Abandono total y ¡jale!, a recibir lo que el Señor nos tenga preparado, a disfrutar de su bondad y de su amor.

Cuando el avión alcanzó la altura que debe llevar, dieron las recomendaciones de cómo usar el chaleco salvavidas (no me hizo gracia)... Y luego dieron el aviso para poder dejar el cinturón e ir a donde se necesite...

Son las tres y media de la tarde, hora de Costa Rica. Una gran tranquilidad. ¡Qué sorpresa! Cajitas con comida y bebidas. Las azafatas y los muchachos son muy

amables. Gran actividad. Hay una tablita al frente de cada persona que se dobla y queda una mesita muy cómoda en los regazos. Primera comida en el avión. Nos sirvieron una ensalada, jamón, dos pancitos, un quesito, ensalada de frutas y lo que uno quiera tomar: jugo de naranja, refresco, café o té. ¡Una tarde lindísima! El avión iluminado es algo espléndido.

A las cinco y cincuenta y cinco de la tarde (hora de Costa Rica) bajamos en Puerto Rico. Ya estaba oscuro. Fuimos a tránsito, con un distintivo en la mano. Nos sirvieron jugo de naranja o café. Hay varias salas, donde se conversa en vos baja.

Siete y media, nuevo despegue. Volaremos a 1100 metros de altura. ¡Despegue maravilloso! A las ocho y veinticinco sirvieron un aperitivo: algo de tomar y un paquetito de maní. De tiempo en tiempo se percibe un pequeño movimiento del avión.

A las nueve y veinticinco (siempre hora tica) nos dieron la cena: puré, carne, arroz con la salsa de la carne, queso, un jugo, un pancito rico y más pan. Guardamos algo para comerlo en Madrid en la larga espera.

Pusieron una película larguísima... Se trataba de una mujer. Le puse un poco de atención, pero no me hizo gracia. Ni por un momento sentí sueño. Mis ojos estaban en huelga: no dormí.

Nueve y cincuenta: una calma maravillosa, no se siente nada, da la impresión de que el avión está detenido. Algunas personas duermen profundamente, otras siguen la película con atención.

¡Qué sorpresa!, mi reloj marca la una de la mañana y ya amaneció. ¡Un amanecer bellísimo! Son las nueve de la mañana del 16 de setiembre, hora de Madrid.

A la una y cuarenta (hora tica) nos dieron el desayuno. ¡Y qué desayuno!: melón verde (¡una delicia!), una minúscula jalea, un pan en forma de cangrejo (¡iriquísimo!), lechuga y jugo.

Un cuarto para las once la mañana (hora de Madrid), aterrizaje fantástico. Desembarque en el aeropuerto de Madrid. ¡Qué emocionante la salida del avión! Bajamos por una gran escalera. Yo me sentía la mamá de Tarzán. Estaba orgullosa.

El campo de aterrizaje es enorme. Nos esperaban unos buses grandes, muy bajos. Si todo el mundo sube, nosotras también. Uno que otro asiento. Cabe mucha gente. Rapidito estuvimos en el gran edificio. Subimos. Las oficinas están arriba. Teníamos que confirmar la salida de la tarde.

En cuanto estuvieron listos nuestros papeles nos fuimos a una enorme sala, donde tendríamos que pasar gran parte del día. Un gentío que entra, otro que sale... A cada momento anuncian salida de aviones. Algunas personas, cuan largas son, dormidas en las bancas. Me di gusto observando caras: cansadas, con sueño, preocupadas, pensativas, tristes... Unos niños llorando, otros jugando alegres... Ahí estuvimos seis horas. Fuimos a conocer por todas partes, a buscar la sala de baño, el puesto libre. Cantidad de cosas preciosas y deliciosas. Sor Virginia llamó por teléfono a sor Mercedes de la comunidad de Madrid, pero no estaba.

Por fin anunciaron nuestro vuelo. ¡Qué susto! Nos fuimos a buscar la puerta que nos correspondía, y a las cuatro y cuarto de nuevo en el avión rumbo a Roma. ¡Una tarde linda!

A las cuatro y cincuenta, despegue. El avión es pequeñón. El despegue fue muy feo, bastante movido. Hay una claridad preciosa. El avión está iluminado. A mí me faltan ojos para ver desde mi lugar lo que se puede observar por las ventanas. Cinco y cuarenta y cinco, cena. Todo está lleno de luz.

Seis y cuarenta, llegada. ¡Qué alegría! Nos costó salir porque en Migración había una cantidad espantosa de gente. De seguro llegan varios aviones a la vez. Pero gracias al gentío no nos revisaron las valijas. Algo que me hizo mucha gracia al retirar las valijas fue la manera como van saliendo, en una rueda que da vueltas. Ahí vienen las valijas. Cuando vi la mía la agarré de un solo tirón, con una gran felicidad... Nos buscamos dos carritos, donde las acomodamos todas, ¡y jale!

¡Qué emocionante! Detrás de una reja hay gran cantidad de gente que espera con una especie de rótulo en la mano. ¡Ay! ¡Qué alegría!: "Hermanas de Sión". Nos esperaban Gabriela, el chofer y Emtithal. El encuentro fue lindísimo y muy cariñoso. Nos fuimos donde estaba el carro, cargamos todo y nos subimos. Pero, como el carro es pequeño, María y Emy (Emtithal) se fueron en bus.

Salimos y empieza la admiración. ¡Qué belleza de ciudad! Y, como un regalo especial, la gran luna llena de setiembre, de un esplendor tan lindo, algo maravilloso. Nos iba guiando, siempre al frente.

Poco antes de llegar a la casa el carro se varó y no quiso caminar más. Nos bajamos. ¿Qué hacer? Pues admirar las casas, muy grandes, todas iguales y del mismo color: un café o ladrillo muy serio. Eso me impresionó. Gabriela nos mandó para la casa a Amparo, a Argentina y a mí. Nos dio las señas para poder llegar y que mandaran a Benito. ¿El Gianicolo? Nadie nos supo dar razón. Anduvimos bastante, pero nada... ¡Qué miedo! Cuando regresamos se fue Gabriela, y en un momento ya estaba de vuelta con el carro de Benito y con él. Lo más bonito fue que el carro arrancó y en un decir amén ya estábamos en la casa.

¡La Casa Generalicia! ¡Nada menos! ¡Qué alegría! ¡Qué alboroto! ¡Qué recibimiento! En un instante me sentí en mi casa.

María había llegado desde hacía un buen rato. También estaba ahí sor Carmen Cini, que había viajado antes para ir donde su familia. Ya estaba el grupo completo.

Cuando llegamos a Roma el Consejo General no estaba en la casa, pero encontramos tarjetas de bienvenida, palabritas, felicitaciones, en fin, mucho cariño.

Nos esperaban con algo en el comedor. Comida caliente. ¿Y qué veo?: Manzanas, uvas, melocotones... Luego nos mostraron los cuartos. El mío lindísimo, cerca del comedor del Consejo General, con una cama riquísima y una colcha preciosa. La ventana da al jardín de la casa: una belleza, muchos árboles, algo lindo. Al fondo se ve la calle.

Me sorprende ver que a cada lado de la calle hay muchos carros pequeños estacionados. Me imagino que las casas no tienen garajes. Amparo también estaba ahí cerca. Las otras cuatro por otros lados. Sobre mi escritorio encontré flores, una tarjeta de bienvenida, tarjetas, el itinerario para los ocho días bien llenito. ¡Qué delicadeza!

Otra gran sorpresa fue encontrar en la casa a sor Laurice. ¡Qué alegría! Un regalo del Señor. Y como si no fuera nada, también estaba pasando unos días ahí sor Véronique, una hermana de Rumania que habla muy bien el francés y es muy simpática. Estaba también un hermano de sor Leticia, llegado de Rumania, muy enfermo, muy gastado. Había llegado para que ella lo llevara al médico, ya que en su país no tenían nada.

La entrada principal a la Casa Generalicia está abajo y va directamente al jardín. Hay un portón que da a la calle y lo abren desde la casa viendo por un aparato de televisión. Luego se sube por el jardín y se llega a la entrada principal del edificio.

La casa es muy linda, construida en una colina. Al llegar se entra a una salita. Al lado hay otra sala donde una señora atiende la puerta. Hay otras salitas para visitas.

En la primera planta, que es grande, está la capilla y hay un pequeño jardín interior. Está también la cocina, muy grande y bonita. Además, la lavandería y otras salas.

En la segunda planta, que llaman primer piso, están la sala de comunidad, la biblioteca, el comedor, unas salas de baños y varios cuartos.

En la tercera planta (segundo piso) están las oficinas de la congregación: economato, sala del Consejo, archivos, cuartos de las hermanas del Consejo General y otros cuartos de las hermanas de la comunidad local. Desde esa planta se puede ir al jardín exterior, que es muy grande y lindo.

Hay varias terrazas con vistas muy lindas. Subimos con Bea (S. Béatrix Marie) a una terraza sobre el techo de la casa, que tiene una preciosa vista sobre Roma. El atardecer era bellísimo. Todo doradito. Pero la escalera para subir allí era terrible, pues se debe levantar una especie de lata para llegar arriba.

El comedor es muy grande y tiene varias mesas. Está muy concurrido. Raro era que no hubiera alguien de afuera. Dos jóvenes africanas, bien morenas y simpáticas, que viven en Sión, van al comedor con la comunidad y ayudan con la lavada de trastos de medio día. El almuerzo es a las doce y los platos permanecen en una plantilla que los mantiene calientes.

La capilla es muy linda y sencilla.

La oración de la tarde se dice en la sala de comunidad, algunas veces en francés, otras en italiano y otras en inglés.

Las noticias en la televisión son en italiano o en francés.

Las hermanas son encantadoras y cariñosas. Visten muy sencillamente. Se dieron en cuerpo y alma a nosotras.

Al lado de la casa general está la casa de la comunidad de Nicola Fabrizi. Es una comunidad de hermanas mayores, lindísimas. La casa es preciosa. En la capillita tienen un cuadro de la Virgen del Milagro, que me robó el corazón desde que la vi.

ROMA



Domingo 17 de setiembre

Primera salida para conocer Roma. Nos acompaña sor Yolanda (brasileña), muy seria y calladona, pero muy linda y paciente. Explica muy bien. Nos acompaña también sor Laurice. ¡Qué alegría!

A las nueve de la mañana salimos para ir a misa a Santa María La Mayor. Estamos felices. ¿Cómo será? Ya listo el grupo en la salita, Yolanda nos reparte un tiquete para el bus. Hay en este un aparato para picarlo, solo una vez. Salimos por el portón de la casa de Nicola Fabrizi. Atravesamos la calle, caminamos un poquito y allí está la parada. Las rutas de los buses se distinguen por números.

Me llamó la atención que, a un lado y otro de la calle, hay muchos árboles grandes, muy lindos. El suelo se llena de hojas preciosas en forma de estrella. Llega el bus. Hay que subir rapidito por la puerta de adelante o la de atrás (la del centro es solo para bajar) ¡Qué carrera! Los buses son grandes, muy bajos, uno que otro asiento solo para enfermos y personas mayores. ¡Qué lindo! Me encanta oír hablar en italiano, tienen un gritadillo... Llegamos a nuestra parada. A bajar rapidito, que nadie se quede. Nos jalábamos unas a otras.

Llegamos a Santa María La Mayor para la misa de diez de la mañana. ¡Qué sorpresa! La iglesia es enorme, no tiene bancas al centro. Una belleza, pero qué

soledad, poquísimos gente. A un lado, unas pocas bancas pequeñas. La misa fue concelebrada por siete sacerdotes, cantada en latín. Me di cuatro gustos cantando con todo mi ser. Me encanta ese canto. Eso sí, cuatro gatos: ni un niño. Monjas y monjas y más monjas. ¡Y cada hábito...! Solo en Roma se ve ese derroche de hábitos extravagantes...

La iglesia es muy antigua. Después de admirarla bien, Yolanda nos tomó una foto.

Luego fuimos a visitar la iglesia de Santa Prudencia. Es pequeñita, pero de un gran valor. Sobre el altar tiene un mosaico donde están San Pedro y San Pablo. Pedro visitaba ese lugar.

Después fuimos a una cafetería y Yolanda nos invitó a un capuchino. Yo no soy de mucho café, pero me encantó.

Los edificios son enormes, parecidos entre sí, del mismo color café. Tienen un aspecto triste, muy serio. También me llamó la atención la manera de vestir de la gente: telas muy buenas, colores serios, sencillos. Jamás las extravagancias de Costa Rica, en colores, modas, guindajos, inada de eso! Ni parejas hechas melcocha. ¡Qué sobriedad! Pasó un automóvil lleno de guirnaldas, bombas infladas y la bocina a todo dar. Eran unos novios. Cantidad de carros los seguían.

De nuevo al bus para ir a la casa a almorzar. ¡Qué almuerzo! Leticia cocina riquísimo. Siempre hay vino en la mesa. Me encanta tomarlo con agua.

Luego a descansar, porque a las dos y treinta saldremos para el Vaticano. Nos acompañará sor Béatrix Marie, quien conoce hasta los últimos detalles y es guía los domingos. La conocen y ella conoce a muchas personas.

Hay un río grande que atraviesa Roma. Se llama Tíber. Del puente que atraviesa este río se ve muy cerca la cúpula de la Basílica de San Pedro. Se me iban los ojos admirando la belleza del río y del Vaticano. Llegamos. Es algo que una no se imagina. Casi me trago la lengua. Me quedé inmóvil. Jamás lo que yo creía y

había visto... Es algo fenomenal, una enormidad. ¡Qué grandeza! ¡Qué belleza! Sí, la capital del mundo católico, nada menos. La gran plaza es redonda y la rodean dos grandes galerías de columnas alineadas que dan la impresión de dos brazos abiertos para acoger a todo el mundo. En el centro hay una gran fuente y abundan las palomas. La tarde es muy soleada, bellísima.

El atrio es majestuoso. Entramos por aquellas puertas inmensas. La gran puerta santa, de hierro negro, impresiona verla. Solo se abre para cada Año Santo. Me parece oír al Papa: "¡Abríos, oh puertas eternas, y entraré para dar gracias a Dios!". La puerta tiene unos grabados preciosos. Entramos en la Basílica: algo sin nombre. A los lados se ven muchas estatuas bellísimas y significativas. Las grandes esculturas de Miguel Ángel. La entrada de la luz en la Basílica le da un aspecto de grandeza, de santidad. Los colores resaltan a causa de la luz. El cielo raso con cada detalle maravilloso..., y si es el piso, ni qué decir: unos mosaicos de unos materiales preciosos, ¡y qué colores!, algo nunca visto. Unos mosaicos pequeñitos con cada detalle..., una verdadera maravilla. Algo de no acabar nunca de admirar.

En medio está la cripta con la tumba de San Pedro. Sobre ella el gran altar. Una especie de Sancta Sanctorum, que da el aspecto de presencia de Dios. Muy solemne.

Bajamos a la cripta donde están las tumbas de los papas. Sentí recelo de estar allí tan abajo. Es enorme. Luego subimos a la cúpula. ¡Qué maravilla! Las personas que están abajo, en la Basílica, se ven del tamaño de una gallina. Y ver Roma desde aquella altura es una verdadera maravilla.

Béatrix Marie es una enciclopedia y muy profunda. Explica muy bien. El deseo de ella es que aprovechemos al máximo.

Tomamos un capuchino perfumado. Después un helado de diferentes sabores. Y regresamos.

Lunes 18 de setiembre

Siete y media de la mañana, misa en la capilla de Nicola Fabrizi. Ocho, desayuno, y ocho y media, salida con Bea. Visitaremos la Basílica de San Juan de Letrán. Es la catedral de Roma. El papa es el arzobispo de Roma. Él va a menudo ahí y bendice al pueblo desde el balcón. La basílica es enorme. Como las demás, sin bancas. ¡Una belleza! Es una joya de la historia del siglo XVIII. La tierra pertenecía a los miembros de la familia Terrani, iriquísimos! Algunos de ellos se convirtieron al cristianismo. Fueron martirizados por Nerón, quien les quitó todo.

Es la basílica que más sufrió la persecución. Tiene un gran mosaico en el que se ve a Cristo acompañado por San Juan Bautista y San Juan Evangelista. Un título de Madre y Cabeza de Roma y del mundo. Ahí se encuentra el mosaico más antiguo, del tiempo de Constantino, el cual representa a Carlo Magno y a Pedro coronado con una corona cuadrada.

Los emperadores gobernaban sobre los papas. Constantino el Grande fue el que construyó las basílicas más hermosas de Roma. En la de Letrán hay mosaicos que representan los pasos de la vida de Juan el Bautista: uno, frente a Herodes, y otro, la decapitación.

La puerta del Capitolio romano es una belleza. Es enorme, de hierro negro y con grabados preciosos. Muy antigua. En el cielo raso, bellísimo, está representada toda la pasión de Cristo. Un mosaico del siglo III representa el triunfo de la cruz. El río Jordán, símbolo del cielo, con dos ciervos: "Como suspira la cierva por las corrientes de agua...". La Jerusalén celeste. Cristo renueva la naturaleza. Una Santa Cena. Un cuadro enorme donde Constantino pide ser bautizado. Hay unas columnas del tiempo de Salomón. También una estatua del Rey de Francia, protector de Letrán.

A un lado de la explanada hay un obelisco egipcio con sus jeroglíficos bien claritos, ¡precioso, una maravilla! La basílica tiene enfrente una gran plaza. Las estatuas que hay sobre la basílica son las más altas de Roma. Tienen siete metros

de alto y se ven desde lejos. Existe un baptisterio, donde fue bautizado Constantino.

Muy cerca de ahí visitamos la Escala Santa. ¡Qué emoción! ¡Qué impresión! De esta escala se habla en los relatos de la conversión de Alfonso Ratisbona cuando andaba conociendo Roma con su amigo.

La Escala Santa está muy cerca de la Basílica de Letrán. En una casa pequeña y en una sala pequeña está la escalera, como de unos veinte peldaños, de madera, muy empinada. La tienen protegida con hierro y madera y solo de rodillas se puede subir. Se ven unas manchas de sangre. Se baja por otro lado.

Yo llamo el paseo de hoy en la mañana "el paseo en el tranvía". Me dio mucha alegría ver nuevamente un tranvía, pues vinieron a mi mente los recuerdos de mi niñez. Pasamos alrededor del río Tíber que está muy calmo. ¡Una belleza!

En Roma hay doce palacios que pertenecen al Vaticano. Se nos dice que lo que hoy son las enormes basílicas, de gran belleza, eran enormes salas paganas. Santa María la Mayor fue una de esas salas o palacios romanos. Se reconocen los palacios de Roma por sus fuertes verjas para la defensa.

Por la tarde fuimos de compras con Yolanda a una librería ubicada cerca del Vaticano, en donde se encuentra de todo a precios más cómodos. Bueno, todas nosotras compra y compra... Yo compré unos encargos: medallitas, un crucifijo (como el que el papa tiene en el báculo), dos tarjetas con la Virgen (la que el papa quiere mucho y que hizo poner en una pared al lado de donde él vive, en alto). Él dice que fue María quien lo libró en el accidente en mayo de 1981. Es una imagen venerada en su tierra.

Terminadas las compras, Yolanda nos llevó a una venta de helados. Los vendedores le preguntan a uno qué sabores quiere y con todos los sabores que uno escoge le forman un cono.

Otra miradita al Vaticano y de vuelta a casa.

Tengo una gran alegría de regresar para escribir las tarjetas y poder mandarlas mañana.

Ya tengo las primeras cositas que llevaré conmigo a Costa Rica.

Martes 19 de septiembre

Hoy es el día de los días, el gran día: está dedicado a la caminata "sioniense". Visita a San Andrés. Nos acompaña Mary Travers. Algo tiene en una pierna, pero camina muy rápido.

A las siete y veinte es la salida. Parece como si fueran las cinco de la mañana. Está oscurito, muy fresco, un amanecer precioso. Iremos a pie. Se baja por unas gradas donde por la noche llega gente a drogarse. Sor Virginia Solís me lo había contado. Luego fuimos por unas calles un poco solitarias. Gente que va al trabajo. De la pared de una casa sale una fuente que chorrea agua fresca. Esto se ve mucho aquí y me llamó la atención. Siguen las calles estrechas, edificios enormes de un mismo color.

Empieza el recorrido. Estuvimos en el hotel donde estuvo don Alfonso y en la casa de su amigo. Varias veces Alfonso Ratisbona pasó por ahí. El recorrido sioniense es una maravilla. Seguir paso a paso lo que el padre María hizo todo el tiempo de preparación hasta llegar a la cima. Los lugares donde estuvo, el hotel donde se hospedó, el palacio del Conde, la casa donde se le puso la medalla, el lujoso "Café El Greco". Lo conocimos, estuvimos ahí. El señor y la señora muy atentos, enseñándonos todo. Nos dieron una tarjeta. ¿Y cómo no tomar un sabroso capuchino? ¡Qué rico es! Mary pidió permiso y puso en una pared una foto de Alfonso joven, todo guapo. ¡Qué recuerdos! El sobresalto de llegar a tiempo al compromiso con el Conde. Una plaza y una fuente. Un barquito que recuerda la vez cuando se salió el río e inundó la ciudad y dejó ahí ese barco.

Todo eso lo vio Alfonso. Era su camino. Recibió la invitación de su amigo para ir a conocer. Su amigo tenía que entrar a una iglesia. El no quiso quedarse en el coche y entró también. La iglesia es sencilla, pero para nosotras es una belleza, un tesoro de recuerdos. No tiene bancas, excepto al frente de la capillita de la Virgen. Ahí tuvimos la Eucaristía. ¡Qué emoción! Esta celebración en la capilla del milagro me llenó mucho y me hizo sentir muy feliz. Me parecía que el padre Marie estaba ahí. Ver lo que él vio y admiró, frente a la imagen de San Miguel Arcángel.

El encuentro con la Virgen del milagro fue algo increíble. Pero es cierto. Esto me demuestra el gran amor que el Señor me tiene. María me espera. Ella quiere manifestarse a mí también. Ahí me pregunté más de una vez: "¿será cierto?" Yo lo veía tan lejos. Pero así es el Señor. ¡Cómo le gusta complacer!

Yo me sentía sumida, sobrecogida, quería quedarme ahí, ver a la gran Señora, bella, hermosa, linda, acogedora. El tiempo se me hizo nada. Ahí tienen una pintura de Alfonso frente a la Virgen. Hay muchos exvotos. Vimos el pedacito de mantel que guardan en la sacristía donde María puso sus pies. Como ir al cielo. Pero no nos podíamos quedar ahí. Había que bajar. Faltaba mucho camino por recorrer. Fuimos a la iglesia del Gesù, donde Alfonso recibió lo que más deseaba: el bautismo. Ahí está la pila bautismal.

Luego fuimos a SIDIC, que se encuentra en el tercer piso de un gran edificio. Las hermanas nos esperaban y nos recibieron con mucho cariño y alegría. ¡Qué amables! Un fresquito rico, conocer el lugar y una explicación muy amena de lo que SIDIC de Roma hace y la gran importancia que tiene para la Congregación. El local es bastante grande y muy céntrico.

Roma, ciudad del arte. Roma ciudad de jardines, fuentes y estatuas. Como dice Beatriz Marie, toda Roma es un jardín.

Martes 19 por la tarde

A las dos y media de la tarde, visita al Capitolio, la zona "histórica" y el Coliseo.

El monumento al Rey, que representa la unión de los estados de Italia por medio de mujeres que se dan la mano.

La colina sagrada. La escalinata es enorme, en anchura y altura. Se sube y se sube. Al final tiene dos hermosas estatuas de mármol grisáceo lindísimas: dos jóvenes gemelas, majestuosas. La escalinata y las estatuas fueron hechas por Miguel Ángel. Al llegar arriba, dos palacios y un patio con una gran estrella de mosaico en el piso. Todo diseñado por Miguel Ángel. Cuando él diseñó la estrella quiso representar a Roma como el centro del mundo.

Al lado, la iglesia del Ara Coeli (Altar del Cielo), donde estuvo el padre Marie.

Pasamos luego al Foro Romano, el más importante del mundo, corazón de Roma. Derroche de estatuas. Monumentos importantes.

Luego el Coliseo, símbolo de grandeza y de poder. ¡Es enorme! Me impresionó mucho saber para qué se usaba: para distracción del emperador que disfrutaba viendo a las fieras despedazar a los cristianos. ¡Qué horror!

Miércoles 20 de setiembre

A las siete y media, misa en la capillita de Nicola Frabrizi.

A las once de la mañana será la audiencia con el papa. Nos acompaña Emy. Salimos a las ocho y diez para visitar nuevamente el Vaticano. ¡Qué emoción! Un amanecer lindo. Salimos por una puerta trasera de la casa que da a la vía Garibaldi. Subimos un poco, tomamos el bus y rápidamente estábamos en el Vaticano. Queda muy cerca de nuestra casa. Es la tercera vez que vengo al Vaticano. Su gran plaza con los brazos abiertos para recibir a las gentes que

llegaban como nubes: grupos y grupos. Hicimos fila a la izquierda de la plaza, en una galería llena de columnas. La gente se apuñaba tanto que era imposible moverse.

Al fin abrieron y fuimos pasando. ¡Qué emoción! Llegamos a la sala "Pablo VI", que es enorme. Nos tocó muy buen lugar: primera fila, con sillas. Sin embargo, toda la parte de adelante es para los grupos organizados, que son muy grandes y tienen sus puestos asignados desde antes. A esos grupos los nombran y también a sus países. Nosotras quedamos lejos, solo distinguíamos un punto blanco: el papa. Pero sí lo oíamos muy bien. Por fin lo vi bastante cerca, pero por detrás.

La entrada de gente seguía como un río, algo que no terminaba. Los organizadores y los que acomodan la gente son los guardias suizos. Se hace lo que ellos ordenan. Son jóvenes muy elegantes, simpáticos, serios, no hablan, tienen un uniforme muy lindo, de rayas anchas color mostaza y azul, boina negra puesta de lado, guantes blancos, botines negros, medias blancas. Se ven muy lindos. Son altos, delgados, muy rectos, bien parecidos, parecen cortados con la misma tijera. Me encantaron.

El papa llegó a las once y cuarto. Todo el mundo aplaudía. Apenas veíamos la figura blanca, pero hay que pensar que hay personas que no ven nada, así que tranquilas. Nos encontramos en esta sala gentes de diferentes países, diferentes idiomas. El Papa habló en italiano, francés, inglés, castellano y portugués. Dijo: "La Iglesia tiene carácter misionero. Jesús da el mensaje a todo el mundo. 'Seréis mis testigos en el mundo'. El que viene a Roma debe avivar la fe y ser testigo del amor de Cristo". Tomó en cuenta a todo el mundo y a cada grupo, por pequeño que fuera. Yo logré una estampita con su firma. Me encantó. Le aplaudimos mucho, algunos le cantaron, otros le recitaron... Era una fiesta.

Luego visitamos de nuevo la basílica. Bajamos a la cripta, que es enorme. Sentí miedo. Parece que no hay aire. Es como una ciudad subterránea. Hay gran cantidad de capillas y tumbas. Vimos las de algunos papas como Pablo VI, Juan

XXIII, Pío XI. Me parecía mentira estar viendo, tocando, conociendo donde están enterrados los papas en ese cementerio tan querido.

Regresamos por el mismo camino del Gianicolo. Se pasa por caminos llenos de árboles, con una vista muy linda sobre Roma. Rapidito estuvimos en la casa. El almuerzo siempre riquísimo, con vinito y unas frutas deliciosas.

A las tres de la tarde salimos con Bea. Vamos al Palatino, cuna de Roma, fundado por Rómulo antes de Cristo, sobre una colina. Roma está fundada sobre veinte colinas, siete de las cuales son históricas. Ahí hay un rosal lindísimo, en lo que fue un cementerio judío. Queda en alto y tiene una vista muy linda.

Visitamos la iglesia de Santa Sabina, mártir de Roma, fundada hace quince siglos. Se le llama "la perla" y de verdad que es una joya, una verdadera belleza, una maravilla. Luminosa, armoniosa, las columnas son preciosas. El papa dio esta iglesia a los dominicos españoles.

A las paradas de buses aquí se les dice "fermatas". En esta salida volvimos a ver grandes palacios. Al pasar por el puente del río Tíber vimos al fondo la gran cúpula del Vaticano.

Jueves 21 de setiembre

Hoy cumplo treinta y nueve años de mi entrada al noviciado y los estoy celebrando en Roma, nada menos que en la Casa General. ¡Qué alegría!

A las nueve salimos con Emy para ir a misa a la iglesia de San Pascual Bailón, donde San Pablo estuvo preso. Nos fuimos a pie. Bajamos por un camino muy lindo. Después de misa tomamos el bus 102 para ir a la Basílica de San Pablo extramuros. Está lejos, fuera de Roma. El viaje es muy bonito.

La Basílica de San Pablo es muy grande. Al llegar se ve al frente una enorme estatua de San Pablo, el apóstol de las gentes. Adentro, como en todas las otras

basílicas, no hay bancas. Impresiona subir por las enormes naves, mirando hacia arriba para admirar la belleza de pinturas, mosaicos, dinteles, todos de gran valor artístico e histórico. Grandes medallones con las pinturas de todos los papas que ha tenido la Iglesia, y medallones vacíos para los que vendrán. El último es Juan Pablo I.

La puerta de entrada, del siglo XI, es muy bella, decorada en hierro grueso. Los ventanales, preciosos, de piedras de alabastro que donó Egipto. Ochenta columnas de granito, una maravilla. Una columna de mármol esculpida, del siglo XI. El Cristo es del siglo XIV. En uno de los altares se encuentra la imagen de San Esteban. Ahí está la tumba de San Pablo. En una capillita hay cadenas y huesos de San Pablo. En el altar mayor hay dos grandes estatuas: San Pedro y San Pablo. Esta basílica fue una construcción pagana. Parte de ella fue destruida por un incendio. El papa de esa época pidió ayuda al mundo entero para restaurarla.

Compramos tarjetas y regresamos a casa.

Jueves 21 de setiembre por la tarde

Margi nos prepara para la visita a la sinagoga y al gueto. Visitaremos una pequeña parte de Roma que fue un verdadero gueto. Durante muchos siglos, desde 1555 con Pablo IV hasta la emancipación en 1870, se les exigía a los judíos llevar un signo que los identificara (generalmente una banda amarilla) y se les obligaba a escuchar los sermones.

La época de Pablo IV fue terrible para los judíos. Se les encerró en el gueto, el cual tenía una sola puerta de salida. Frente a esta se construyó una iglesia que tenía la pintura de un crucifijo con la leyenda "Jesús, Rey de los judíos" (en latín y hebreo), lo que era una gran ofensa para ellos.

Vamos a visitar el gueto por partes.

Visita a la sinagoga, construida en 1904. Es muy bella. Sobre la parte principal, donde se guardan los rollos de la ley, está escrito: "Sepan delante de quién están". Ahí, como en las iglesias católicas, hay pinturas y mosaicos bellos y bien cuidados. Fue ahí donde el papa Juan Pablo II estuvo de visita en 1988 en un encuentro amistoso muy importante para judíos y católicos.

Margi es muy querida ahí y fue ella quien nos explicó todo.

Luego fuimos al museo que está al lado de la sinagoga. Hay mucha vigilancia. El museo es muy grande y contiene objetos muy antiguos que se han ido recogiendo de muchas sinagogas y que para los judíos son de gran valor. Hay muchos vasos sagrados, rollos de la Torá y otras cosas más. Más que un museo, parece una gran sacristía.

Me impresionó mucho ver lo que fue el gueto. ¡Lo terrible que debe haber sido para los judíos! En cierto modo, eso era una cárcel.

Viernes 22 de setiembre

Antes de salir nos comunicaron que murió sor Onorina, una antigua "ansel". Ella esta en la comunidad de Nicola Fabrizi. En el comedor de la Casa General ponen su foto y una velita que dejan arder durante todo el día.

A las ocho de la mañana salimos con Beatrix Marie a San Andrea. ¡Qué maravilla! Yo me sentí muy feliz. Ver de nuevo a María en su capillita. Esta vez sí que fue cierto, yo no quería salir de la iglesia. ¡Qué pena! Me quedé ahí y tuvieron que devolverse a buscarme. Todavía veo los ojos que me hizo María Martínez. Fue una carrera.

Visitamos el Panteón, la Minerva, Santa María del Pueblo, la fuente de Trevi.

El Panteón es la construcción mejor conservada. Es enorme, de color negro. Fue construido por Agripa un siglo antes de Cristo. Fue un lugar pagano. En el siglo

VII el papa Bonifacio IV lo transformó en iglesia. Las dieciséis columnas, gigantescas, son las originales. Las inscripciones fueron hechas por Agripa.

El manuscrito que ahí se encuentra es el más antiguo y está intacto. La enorme cúpula mide cuarenta y tres metros de ancho y cuarenta y tres de alto. La construcción en redondo llama mucho la atención. Le da un aspecto de belleza, de grandiosidad, de hermosura, algo de Dios. Es algo nunca visto en mi vida. Tiene mucho oro. Las puertas son enormes, de puro hierro negro. Y como es redonda, da el aspecto de una gran cúpula a la que le entra mucha luz. ¡Es una maravilla!

Visitamos la única iglesia gótica de Roma: La Minerva. Y también el hotel de La Minerva, donde el padre Teodoro se hospedó mientras esperaba la aprobación de la Regla.

Después fuimos al Iglesia del Gesù, gloria de San Ignacio. Ahí fue bautizado el padre María.

Fuimos también a la fuente de Trevi. ¡Una belleza! Es enorme y da gusto ver brotar el agua. No se nos quedó un solo punto sin ver.

Luego almuerzo y descanso.

La tarde la dedicaremos a visitar las catacumbas. Nos acompaña sor Yolanda. Salida a las tres y media de la tarde.

Me parece mentira tener la dicha de conocer las catacumbas. ¿Cómo serán? ¡Sorpresa! No tengo la menor idea.

Cogimos un bus que hizo un trayecto bastante largo por la Vía Apia. Vimos muchas cosas ya conocidas, entre ellas el gran Coliseo. Esta vía es muy antigua.

Se entra como en una propiedad, con jardines, árboles frutales, no se ve nada. Yolanda fue a presentarse. Nos sentamos en unas bancas a esperar al guía. Había un rótulo que decía "Español". El grupo es pequeño. Nos acompañan unos

portorriqueños. Llegó el guía, muy simpático, de Puerto Rico. Nos hizo una especie de presentación y luego lo seguimos. De repente encontramos una especie de puerta, una entrada. Hay que bajar unas gradas. ¡Qué maravilla!, en el corazón de la tierra. Empieza la explicación.

La catacumba que estamos visitando se llama de San Calixto. Es enorme, una verdadera ciudad bajo tierra. Tiene varios pisos, creo que eran cinco o siete. Hay que caminar por caminos rectos y otros que atraviesan. A cada lado hay unas estaciones o salitas y en las paredes algo así como estantes. Ahí era donde ponían a los difuntos. Muchos atuendos de niños, grupos de huesos. Es algo maravilloso e increíble. Ahora tienen luz eléctrica. En su tiempo, nada. Nadie debía darse cuenta de lo que pasaba ahí.

Yo me quedé sin palabra al ver aquello. De lo que es capaz la unión, el amor al prójimo, para que los cuerpos no fueran profanados ni quemados. Por eso hicieron las catacumbas, para llevar ahí tanto a los muertos de muerte natural como los cuerpos de tantísimo mártir. Fue el tiempo de la persecución a los cristianos.

Se nos habló del niño San Pancracio. Este niño se prestaba para llevar la comunión a los cristianos escondidos que eran buscados y perseguidos. San Pancracio fue también perseguido y martirizado porque no quiso decir nada, y una vez muerto, nadie pudo quitar de sus manitas lo que ahí llevaba: el Santísimo.

Vimos a Santa Cecilia. Hay una estatua de ella, de la manera como fue encontrada después del martirio. Se me escalofrió el cuerpo al ver las barbaridades que en ese tiempo se cometieron. Para mí esto es un verdadero milagro: cómo Dios protege a sus hijos. Al fin salimos a la luz del día.

Por donde quiera que vamos admiramos la belleza de la ciudad, la limpieza. Los cables de alumbrado van subterráneos, no se ven alambres guindando por todos lados. Eso da elegancia y un aspecto muy lindo. Por todas partes bellos jardines,

estatuas, fuentes. En las mismas paredes una pilita chorreando agua que se puede tomar. Otra cosa muy bella es la cantidad de árboles a un lado y otro de las calles, dando frescura y belleza. No se ven camiones de carga. Por donde quiera que se vaya se nota el gran respeto y el amor por las cosas del pasado, las ruinas. Todo lo que es historia lo llevan muy dentro.

A las ocho de la noche, en la biblioteca, preparamos con Bea la visita de mañana a la Capilla Sixtina. Ella nos lo explica aquí, porque allá no se puede hablar. Solo visitaremos la capilla y un museo, pues es enorme.

El papa Julio II le pidió por obediencia a Miguel Ángel pintar la sala (duró años).

El tema de la pintura es la juventud: 1ª parte, LA CREACIÓN; 2ª, EL PECADO; 3ª, LA ALIANZA.

El libro de la juventud mide cuarenta metros de largo y veinte de alto. La proporción de la Capilla Sixtina es de cuarenta metros de largo por veinte de alto.

En la pintura del cielo raso de la capilla aparecen trescientas cuarenta y tres personas o figuras.

Sábado 23 de setiembre

7:30 a. m.: Misa en Nicola Fabrizzi

8:00 a. m.: Desayuno

8:30 a. m.: Salida con Bea hacia la Capilla Sixtina

Caminamos y caminamos como dándole vuelta al Vaticano, pero por detrás.

En ese camino había una mujer con una niña en brazos y otra más grande al lado, pidiendo limosna. Bea nos dijo: ¡Atención! Cuando nos dimos cuenta fue que la señora esa cogió a sor Virginia y no la soltaba. La Vicky, muerta de risa de

puro miedo. Sor Argentina fue a socorrerla, y cuando nos dimos cuenta, nos fuimos todas. Bea regañó a la mujer y nos dijo que tuviéramos cuidado.

Al fin llegamos. Había muchísima gente. Hicimos fila y por fin entramos.

Empezamos viendo las bellezas del primer piso: unos jarrones enormes y de una belleza única. Unas porcelanas azules con unos decorados muy finos. En fin, una maravilla que nunca habíamos visto. Nos dice Bea que son regalos hechos a los papas. En el segundo piso vimos gran cantidad de pavos de diferentes materiales (el pavo es símbolo de fecundidad). También, en otra sala, perros de diferentes razas y formas. Otra sala con aves, ¡qué lindura!, hechas con gran delicadeza. Vimos también un sarcófago cristiano.

Otra sala con estatuas de emperadores y de otros personajes, entre ellas la de Santa Elena, que fue quien descubrió la Cruz de Cristo. También una sala de tapices que son una maravilla. Diversidad de estilos y clases. Y la sala de los mapas geográficos.

Al fin llegamos a la sala, larga, angosta y altísima, cuajadita de bellas pinturas, ¡claro!, pintadas por el gran artista Miguel Ángel. Bea llevaba binóculos. Cuando queda un lugar libre, uno corre, se sienta, se tira hacia atrás, se pone el bolso en la nuca y disfruta mirando hacia arriba. No alcanzan los ojos, qué cantidad de detalles, una maravilla. ¡Cómo ese artista pudo hacer esto! ¡Silencio! Deles campo a los ojos y a la imaginación, y tenga el corazón muy abierto.

Algo muy lindo y que me llamó mucho la atención fue ver que Bea es una enamorada de todo lo que es arte. Ama lo bello, no se le escapa ni el más mínimo detalle. Dichosa que es tan artista para descubrir las bellezas de Dios y de lo que es capaz la inteligencia del hombre.

Salimos, pero siguen las salas y galerías llenas de objetos religiosos antiquísimos: incensarios de toda especie, ornamentos, custodias..., bueno, ahí siguen las cosas, algo interminable.

La salida es por unas enormes gradas en forma de caracol. Desde ahí se ven pequeñas las personas que van allá abajo. ¡Qué enormidad! Bea se entusiasmó y empezó a correr con las manos levantadas como si fuera volando, y gritando: "Je suis la plus jeune" (soy la más joven) ¡Qué gozada! Nosotras, ni locas. Ver aquel mármol negro brillantísimo... Yo caminaba como una lora en mosaico, de puro miedo de darme una caída.

Al salir, en las aceras había ventas de ropa. María se compró una camiseta con un ROMA pintado.

La última miradita al Vaticano y a las fuentes. Luego a la parada de buses y a la casa.

Almorzamos de lo más rico. Un descanso, y luego por la tarde fuimos con Yolanda a caminar al Transtevere. Pasamos a un supermercado enorme, de varios pisos. Ella tenía que comprar algo. Yo tuve la curiosidad de ver cómo eran los papeles de regalo (los buscamos, pero no encontramos). También quería comprarme una bolsa de papas tostadas. Las papas en Italia son tan ricas, suavitas, tiernísimas, deliciosísimas, me encantaron. Tampoco encontramos. Yolanda me dijo: "Yo tengo en la casa, yo le doy". Y de veras, al llegar a la casa me dio un paquete redondo, larguito. Las tajadas de papa gruesitas, todas del mismo tamaño, como ver las galletas María, una delicia. Las rendí, el paquete se fue conmigo a Israel.

Es sábado, última noche en Roma. Última comida. ¡Qué sorpresa! Fiesta de despedida. ¡Qué alegría! El comedor estaba lindísimo y todas muy alegres. Cuando de pronto, ¡qué vemos!: cuatro pizzas de diferentes sabores.

¡Qué sabrosura! ¡Y qué Letitia más artista! Yo estaba muy emocionada. Claro, vinito, frutas, aceitunas en cantidad... Me di cuatro gustos. El postre, muy lindo y riquísimo. Luego cantamos.

En Roma siempre nos consintieron mucho en la comida: varios quesos, jamón, otras carnes, pastas...

Domingo 24 de septiembre

Fiesta de la Virgen de Las Mercedes. Será nuestra gran partida. ¿Para dónde? Nada menos que para Israel. ¡Por fin!

¡Gran acontecimiento! Nos quedaremos una hora más, pues fue atrasada la hora oficial en el país.

Iremos a misa de ocho en San Pedro del Monte. Otra vez salimos por la puerta del lado. Vamos con Yolanda. El camino es muy lindo. Se sube hasta llegar a la colina. La vista es preciosa. Hay un monumento con estatuas muy lindas y, al lado, una casa como un quiosco. Se cree que fue allí donde San Pedro fue crucificado. Siempre arde una antorcha. Desde ahí se ve el Vaticano. La iglesia no es muy grande, pero es linda. Como siempre, cuatro personas en la misa, la cual fue rapidita.

Ya en la casa, todo listo para la salida al aeropuerto a las nueve y media de la mañana.

Nos fuimos a despedir de las hermanas de Nicola Fabrizzi. ¡Qué lindas!

Fuimos donde Leti, para que nos diera frutas para comer en el aeropuerto. Nos dio melocotones y manzanas. ¡Qué delicia!

Yolanda, Amparo y yo salimos en el carro con Benito a las nueve y media. Las otras hermanas se fueron en otro carro. El aeropuerto queda lejos y es enorme. Al llegar arreglamos todo y luego nos comimos las frutas.

Son las doce y media del día Solo esperamos la hora, la gran hora de volar a Israel.

Carmen Cini salió antes en otro vuelo, en el avión de EL AL, compañía de Israel.

A la una de la tarde ya estamos en el avión. Es enorme y clarísimo.

A las dos y quince el despegue, fantástico. Mi asiento es el 29G, en medio de la fila. Sor Virginia se compadece de mí y me da su lugar en la ventana a mano derecha. Me siento tan feliz como si me hubiera hecho el mejor regalo. ¡Qué cosa tan linda! La tarde está preciosa. Veo la costa. El cielo empedrado con nubes pequeñas, precioso. A las tres y cuarenta y cinco nos dieron el almuerzo. Me animé a pedir vino (para guardarlo, claro).

Nos anuncian que dentro de veinte minutos llegaremos a Tel Aviv. No sé qué es lo que siento, me parece mentira. El avión va bajando despacito. Ya se ven las casas... El aterrizaje, formidable. Son las cuatro y cuarenta y cinco de la tarde. Salimos a la revisión de pasaportes. Ya en la fila, por un momento nadie atendía. Al lado estaban llegando las valijas. Vimos a Carmen Cini. Ella recogió las valijas de todas, así que salimos rapidito. Nadie revisó mi valija. ¡Qué alegría! Salimos para ver quién nos esperaba. Allí estaba Vicky, con su sonrisa de lado a lado. En un momento acomodamos las valijas, subimos nosotras y ¡jale! Son las cinco y treinta de la tarde.

Alboroto fue poco. Todo el mundo hablaba al mismo tiempo. Fakry, un árabe bien pintado y chofer del Ecce Homo, llevaba el carro. En el aeropuerto, cuando lo vi cogiendo las valijas, yo tenía desconfianza.

Subimos y subimos, y, cuando nos dijeron que nos acercábamos a Jerusalén, cantamos: "¡Qué alegría cuando nos dijeron vamos a la casa del Señor!". En un momento nos encontramos cerca de la muralla. Vimos una puerta: la Puerta de los Leones. Tuve la impresión de entrar en un túnel. Una calle muy estrecha, un poco empinada y personas que caminan por la calle. El carro se detiene frente a una puerta grande. Se suben dos gradas y ya estamos en el Ecce Homo. Rapidito nos bajan el equipaje.

ISRAEL



Siete de la noche: lo increíble de lo increíble. Ponemos los pies en la tierra y tomamos conciencia de lo que sucede en este momento. Silencio. Por fin en Jerusalén. Fue un estallido: abrazos, risas nerviosas, algazara. Las hermanas jalieron las valijas y las metieron en el ascensor. Yo, como siempre, por las gradas. Ya arriba, lo primero fue ir al comedor. Nos esperaban con comida caliente y sabrosa.

Luego Vicky nos llevó a los cuartos. Una escalera muy empinada, gran cantidad de escalones, un jardín, árboles, palmeras. Otra escalera pequeña y llegamos a los cuartos. Hay como diez cuartos, dos baños y dos servicios. Mi cuarto es muy amplio. Pero, ¡ay!, tenía una ventana por allá arriba por donde entraba una gran luz y no pude dormir. Tenía la esperanza de que apagaran esa luz, pero no fue así. Se oían voces y pasos. Por fin amaneció y me di cuenta de que era la luz de la calle. La cosa seguiría así, pero todo tiene remedio: pedí ayuda y corrí la cama a un rincón y en la ventana puse el basurero y la colcha. Así dormí feliz.

¡Qué gozada en el baño! La ducha es una manguera que se puede poner arriba o cogerla con la mano, pero lo divertido es que es exactamente como un teléfono que se maneja al gusto. Una delicia, el chorro con agua caliente o fría. Pero aquí hace calor. El desayuno tempranito, en el comedor de los peregrinos. El almuerzo y la cena en la comunidad, con las hermanas. Muy a menudo había personas de

afuera: sacerdotes, señoras o señores. Las hermanas son muy simpáticas con todo el mundo. Desde el principio me hicieron sentirme en mi casa, en Sión. Les encantaba que nosotras cantáramos la bendición de la mesa.

Entre los peregrinos había un sacerdote español. Tuvimos la misa con él en español, pero como hay hermanas de lengua inglesa, algunas veces la misa era en inglés. Algo se entiende de las lecturas. La capilla está en el segundo piso y al fondo se ve la basílica.

Lunes 25 de septiembre

A las ocho y cuarenta y cinco de la mañana fue nuestra primera salida a Jerusalén, con un guía llamado Salomón, judío que habla bien el español. Yo, toda ojos, admirando la calle estrecha, las casas, las personas. Su hablado me llamó mucho la atención. Todo el mundo vende rosarios, tarjetas, de todo... Gran cantidad de ventecillas dentro de las casas, en las puertas, en las paredes. Nos ven y nos preguntan nuestro idioma: español. Y nos ofrecen lo que venden. Me encantó una burrita bien cargada.

Lo primero que conocimos fue la Iglesia de Santa Ana, que queda cerquita de Sión. Se entra por una puerta grande que da a un patio y un jardín. La iglesia es grande. Tiene una cripta y en ella una capilla pequeña y una gruta donde se encuentra una pintura del nacimiento de María. Arriba, a un lado, las ruinas de la piscina de Betsaida, donde fue sanado el paralítico que le dijo a Jesús: "No tengo quien me meta al agua". La iglesia es del siglo XII, del tiempo de las Cruzadas. Está en manos de los franciscanos. Al lado tienen el gran convento. Ahí hicimos la primera compra de tarjetas. Las primeras para llevar fueron las de Santa Ana.

Lo segundo que conocimos fue la Iglesia de la Flagelación. Es pequeña y está también en manos de franciscanos. Hay ruinas importantes. Queda cerca de Santa Ana y de Sión.

Seguimos por el camino de La Amargura. Pasamos al frente de Sión. La calle es muy estrecha y de piedra. No hay caños. Hay ventas por todos lados. Una pequeña imagen y una leyenda indican que allí está marcada una estación del vía crucis. Llegamos a una especie de túnel. Ahí hay un puesto de la autoridad, donde revisan a las personas y los bolsos antes de dejarlas pasar. Este paso es muy largo. Cuando se sale, ¡sorpresa!, estamos en la gran explanada del Muro.

La explanada es enorme, y el Muro, un misterio. ¡Qué belleza! Ahí se respira recogimiento, paz... Se siente la presencia de Dios. Es tan lindo ver a las personas tan concentradas en su oración. Los niños, los jóvenes, los mayores, todos bien recogidos. También hay un lugar para las mujeres. Una se siente tan atraída que no dan ganas de irse.

Como era lunes, se estaban celebrando las "Bar Mitzwa" de varios niños. Estas celebraciones se hacen los lunes y los jueves. Es una ceremonia muy linda. Ese día los niños de trece años tienen varios privilegios: llevar los rollos de la Torá, utilizar el talit, los telefin, leer la Palabra. Los niños van acompañados de su papá, sus hermanos, sus amigos judíos y sus conocidos. La mamá y las hermanas están fuera de la verja y les tiran confites. Es muy alegre. Cada niño tiene su celebración aparte, con su familia.

Hay muchos judíos. La mayoría con su talit puesto. Nadie se preocupa si lo ven o no. Hay un recogimiento absoluto. Muchos están recostados al Muro, pegando su frente, y así pasan el tiempo. Se les ve poniendo papelitos en las rendijas. Nos tocó ver a un soldado haciendo oración. Esto me emocionó.

Salimos de la explanada por el mismo camino por el que entramos. Retornamos a la Vía Dolorosa en la cuarta estación. La calle es estrecha, sube y sube... un descanso y un peldaño, y ventas a cada lado en gran cantidad. Así nos fuimos, mirando y admirando a las personas, su modo de hablar, su manera de ofrecer lo que venden.

Por fin llegamos a otra explanada, más pequeña, que es la entrada a la Iglesia del Santo Sepulcro. Al entrar, en el suelo, hay una especie de mesa. Nos dicen que ahí fue embalsamado el cuerpo del Señor. Luego una especie de capilla muy pequeña, con una sola puerta muy baja. Solo entran cuatro personas a la vez. Ahí fue sepultado el Señor. Solo se puede rezar un ratito, porque hay que darles campo a otras personas.

Bajamos a la cripta. Ahí encontramos una cueva con la puerta ovalada y una gran piedra para tapan la entrada. Esto me dio idea de cómo eran los sepulcros.

Bajamos más y encontramos una sala redonda donde se cree que Santa Elena encontró la cruz.

Luego subimos por una escalera muy empinada. Yo creí que no iba a poder subir, pero sí pude.

Arriba, otra iglesia: el Calvario. Debajo de un altar hay un hueco, donde se mete la mano y se toca. Es el lugar donde estuvo la cruz. Yo me quedé sin habla. Pensar en lo que fue la crucifixión y el sepulcro.

Regresamos y estamos frente a la puerta de Damasco. Es muy grande. Salimos por ella, de manera que ya estamos fuera de las murallas. Almorzamos en un restaurante. Yo no sabía qué hacer, pues uno podía pedir lo que quería y nos habían dicho que la comida fuerte sería en la casa. ¡Claro! Yo cogí un plato de uvas. ¡Qué delicia! Luego subimos a una terraza. Algo lindo, se veía el Monte de los Olivos.

Visitamos una excavación de ruinas del tiempo de Jesús. Lo que fue "la casa quemada", algo muy importante del tiempo de Herodes. Cerámica del tiempo de la Jerusalén de Salomón. Un palacio particular, construcción romana, bodegas, cisternas: algo muy grande.

Luego disfrutamos de una vista preciosa del Monte de los Olivos, desde la Iglesia de San Pedro in Calicanto. Pasamos por la puerta Sión. Estamos en el Monte

Sión. Visitamos la tumba del Rey David (1000 años antes de Cristo), la cual está cubierta con una pana roja. Es una salita en donde no se puede hablar: ahí nos quedamos un rato.

Pasamos luego al Cenáculo, de construcción gótica. Es una sala pequeña, entre arcos, muy linda. El gran sentido que tiene es que ahí Cristo instituyó la Eucaristía, celebró su última Pascua y empezó su Pasión.

Regresamos. Ya en casa, de vuelta de la primera gira por Jerusalén, en vez de descansar me arriesgué a descubrir por dónde podía ir a la terraza. Fui sola y pude llegar. Quise disfrutar de la puesta del sol. No me pareció gran cosa, ya que, como no había nubes, no había celajes, el sol simplemente baja. Pero disfruté del atardecer sobre Jerusalén: el color blanco del día se fue tornando rosadito y se siente una gran paz, una gran calma que va dando el atardecer. Está fresquito. Me dejé invadir por aquella belleza. Ahí me quedé hasta la hora de la cena.

La casa es muy grande y tiene varias terrazas. Se ve la cúpula dorada de la Mezquita de Omar. Al frente hay un minarete, que es como una torre muy alta. Hay varios en la ciudad, cada uno con sus altoparlantes que se escuchan fuerte en toda la ciudad vieja a la hora del llamado a la oración de los musulmanes: en la mañana, a medio día y a las cinco de la tarde. Es un canto especial.

Abundan los geranios de muy lindos colores. Volví a ver las caléndulas, flores que ya conocía.

El encuentro a la hora de las comidas es muy lindo. Nos mezclamos. A las hermanas de ahí les encantan nuestros cantos de Costa Rica. Nos hacen muchas preguntas sobre lo que vimos. La comida es muy rica y la mantienen sobre una plantilla para que esté siempre caliente.

Martes 26 de septiembre

Tuvimos la misa en la capilla pequeña.

A las ocho y cuarenta y cinco de la mañana estamos listas en la puerta para salir con el guía. Se llama Hugo. Es un joven judío, casado, maneja un microbús y explica muy bien, claro y despacio. Por supuesto, en español.

Estamos en una colina muy alta, en el Monte de Los Olivos, cerca de la universidad. Esta es un edificio muy grande y bello que antes fue un hospital: Hadasa. Una vista maravillosa, desde donde se domina toda Jerusalén, el valle de Josafat, un cementerio árabe muy cerca de la puerta Dorada. Ellos creen que si el cementerio está ahí, el Mesías no entrará ni saldrá por ella. Tenemos un gran panorama por delante. Vemos el primer camello. ¡Qué alboroto! El árabe que lo lleva se pone vivo y rapidito quiere que saquen fotos.

Visitamos la iglesia de la Ascensión. Es pequeña, redonda, parece una cúpula. En el centro se encuentra una piedra que tiene como la huella de un pie. Se dice que es la huella de Jesús al subir al cielo. Hay candelas, rosarios y otros objetos piadosos.

Bajamos después a la Iglesia del Padrenuestro. Al entrar hay una frase que dice: "Maestro, enséñanos a orar". Luego un corredor o galería grande, y en la pared muchos cuadros con el padrenuestro en varios idiomas, con los varios cambios que ha tenido a través del tiempo, desde la primera versión hasta la actual. La iglesia estaba cerrada. Solo la vimos por fuera.

Estamos en un lugar muy alto. Desde aquí se divisan muy bien la explanada del Templo, la muralla con su forma redondeada y la puerta Dorada. Se ven bien las dos mezquitas: la Dorada y la de Omar. Ese es el monte Moria, donde Abraham llegó para ofrecer en sacrificio a su hijo Isaac. Abraham, hombre de fe. Dios da. Dios pide. Abraham da. Caminó mucho para ir a cumplir con su sacrificio. El pacto de la promesa se cumple en los niños en la circuncisión.

Llegamos a la Iglesia de San Pedro in Calicanto, donde el gallo cantó cuando Pedro negó a Jesús en la casa de Caifás. Se leyó el pasaje de Mateo, 8. Hay pinturas que escalofrían el cuerpo: el encuentro de Pedro y Jesús, la mirada de Jesús hacia Pedro: "Me negarás tres veces".

Hay una cripta. Para ir a ella hay que bajar muchas gradas. Allá abajo hay una celda oscura y fría. Se cree que Jesús estuvo ahí. En las paredes se ven como manchas de sangre. ¡Espeluznante!

Ahí está el Monasterio de La Cruz. Tiene pinturas muy antiguas. Es una joya. Hay un museo de objetos antiguos: ollas enormes quemadas, grandes mesas, el lavatorio de los pies. Se dice que de ahí se tomó el árbol de la cruz y que ahí se oye cantar a los gallos.

Fuimos luego a almorzar a un restaurante que tiene una vista muy linda sobre Jerusalén y otros lugares lejanos. Hay que hacer fila, pues llega mucha gente. Es autoservicio. Cada una coge su azafate, sus cubiertos y lo que desea comer. ¡Qué sorpresa! Estábamos en la fila cuando nos dice un señor: "¿De dónde son ustedes? ¿De Costa Rica? ¿Son hermanas de Sión? Yo soy padre de Sión". ¡Qué alegría! Es muy simpático y guía a un grupo. ¡Qué felicidad conocer a otro padre de Sión! En ese lugar hay muchas mesas. Cogimos un lugar muy lindo.

Ahora estamos nada menos que en Belén. Belén, tú fuiste la escogida para que en ti naciera Jesús, el Hijo de Dios hecho carne. Misterio del misterio.

La iglesia de Belén se encuentra en una explanada con muchos árboles y jardines. Al frente hay un monasterio muy grande y alto. Arriba una estrella. La iglesia es bastante grande, con una entrada bastante baja. Hay que agacharse para poder entrar. Da la impresión de entrar a una cueva.

Vemos un mosaico del tiempo de Santa Elena, ¡una belleza! Luego bajamos a la cripta. Hay que bajar mucho. Ahí encontramos la catacumba de los Santos Inocentes. Una inscripción que dice: "¡Es Raquel que llora sin poder consolarse de la muerte de sus hijos!". Está también la tumba y la cueva de San Jerónimo. Y

por fin, la cueva donde nació el Niño Dios. En el suelo hay una estrella que indica el lugar donde nació Jesús. Hay una cantidad enorme de lámparas, incensarios colgando, candelas...: un chunchero. También hay una especie de mesa donde se dice que limpiaron al niño.

Regresamos de Belén y ahora estamos en el barrio judío de Mea Shearim. Muchos niños. Las familias son grandes. Me llama la atención ver a los niños con sus colochitos, las niñas de medias negras altas. Niños, jóvenes y adultos visten ropas largas. ¡Son muy lindos! Conocimos el barrio. Todo el mundo corre. Hay mucha actividad. Están preparando la fiesta de Sukot. Los limones que ellos usan en esa fiesta son limones sidra, del mismo tamaño todos, sin defecto. Los limpian con mucho cariño y los ponen en una funda especial; da la impresión de un encaje, rosadito y suavecito, calientito. De esta forma son llevados a vender para que todo judío tenga el suyo. Esta experiencia me encantó.

Regresamos a la casa después de un día tan rico. Yo de golosa, ligerito a la terraza para contemplar Jerusalén. ¡Qué belleza! Cada día me gusta más.

Miércoles 27 de septiembre

A las ocho y treinta de la mañana salimos con Hugo. Las carreteras son tan lindas como el carro.

Hoy vamos a conocer la parte nueva, la parte judía de Jerusalén. ¡Es una belleza! Las construcciones son muy lindas. Conocimos mucho.

Visitamos la gran Sinagoga de Jerusalén. ¡Qué emoción! La construcción es muy alta, linda, pero sobria. Es una verdadera joya. No quisieron hacerla a imitación del Templo, sino darle solemnidad y grandeza. Por dentro es una belleza. Los vitrales son preciosos. El Sancta Sanctorum es muy lindo. Fue construido con dineros donados por judíos de todo el mundo.

Luego bajamos para ver en un parque una gran "menorá". De color negro, muy alta, con grabados de Moisés y los profetas. Impresiona este signo de Israel en este parque. Fue donada por Inglaterra. Nos tomamos una foto.

Ahora estamos frente al Parlamento de Israel: la Keneset. La entrada es bellísima. Las puertas representan, en siluetas, el paso por el desierto. Muy solemne.

Luego fuimos a ver un monumento a Kennedy. Es muy bello. Tiene la forma de un gran árbol grueso con muchas raíces, pero fue truncado en la flor de su vida. Kennedy es muy estimado en Israel. Fue un gran bienhechor. El parque es muy lindo, es una gran explanada con una vista preciosa.

Pasamos luego por un "moshab". Es una especie de ciudadela o kibutz, un conjunto de casas muy unidas, donde lo tienen todo muy lindo.

Ahora vamos para el gran Hospital Hadaza. Queda en una colina. Íbamos subiendo y Hugo nos dice: "Estamos muy cerca de Sión, Ein karem, pero no las puedo llevar porque Vicky me lo prohibió". ¡Qué ganas de saber dónde queda! Bueno, paciencia...

Llegamos al hospital. Es muy grande y lindo. Nos pasaron adelante, a una sala, para ver una película sobre cómo se maneja el hospital, todo lo que allí se hace, cómo ayudan. Unos adelantos fenomenales.

Luego nos pasaron a la sinagoga. Una verdadera joya. Es pequeña, redonda. En las paredes hay vitrales de Shagal. Tiene como una especie de gradas a todo el rededor, con el fin de que uno se pueda sentar para admirar los vitrales. Con la luz que entra desde afuera se ven lindísimos, con sus colores tan vivos. Una señorita fue la guía. Nos explicó, de una manera muy linda y con mucho cariño y aprecio, esta maravilla del arte creativo, cómo el artista representa a las doce tribus de Israel, los doce hijos de Jacob.

El "shabat" no cae del cielo, el "shabat" se hace, lo hacemos todos. Los reyes salen de la tribu de Judá. El pez es símbolo de fertilidad. El asno lleva su carga con amor. No hay luz artificial, solo natural. Ahí no se habla. Solo la señorita Lea nos explica muy bien, hablando bajito. No se permite sacar fotos. Shagal es un judío venido de Rusia.

Afuera, unos jardines preciosos. También una pila llena de agua, y sobre el agua un pulmón artificial, algo así como ver una mariposa al abrir y cerrar las alas. Esto representa el movimiento de los pulmones al aspirar y exhalar el aire. En la parte más alta del hospital hay una gran "menorah".

Vamos luego al bosque de Yad Vashem.

Este acontecimiento marcó algo grande en mi vida. Nunca podré olvidarlo. Salimos del hospital y nos dirigimos hacia la derecha. Caminamos un poco y nos encontramos frente a una explanada grande. En una casetilla estaba un muchacho que nos mostró gran variedad de árboles. Nos dijo que escogiéramos uno para plantarlo en el bosque de Israel. Escogimos un ciprés, y Hugo nos regaló otro, de modo que plantamos dos arbolitos. El joven nos dio una pala para hacer el hueco. ¡Dios mío! Aquello era un pedregal. Hicimos las piedras a un ladito y allí metimos los arbolitos. ¡Qué dolor me dio poner los arbolitos en aquel pedregal! Los cuidan mucho.

Tengo una gran ilusión y mucha alegría de haber plantado un arbolito en Israel. Nos repartieron un folleto con la historia de los bosques de Israel. Ahí leímos una oración que recitamos con amor todas juntas al plantarlos, y cada una le echó un poquito de tierra.

Luego la avenida de los justos. A los que santificaron su nombre. Esto es algo precioso, pero al mismo tiempo espeluznante. Yo sentí que todo mi ser se conmovió.

El museo en honor del millón de niños que murieron en el holocausto judío. Se entra a una sala. Da la sensación del cielo, un cielo lleno de estrellas, una música

suave. Se oyen nombres, se ven caras de niños. Una sigue cogida de una baranda, embebida y absorta. Algo maravilloso. Nada menos que un millón de niños perdió la vida por la ambición de un hombre. La luz de Dios es el espíritu del hombre.

Visitamos también el gran Museo del Holocausto.

Desde que se entra se ve cantidad de fotos y de pósteres que muestran el horror del holocausto. Niños y ancianos, esqueletos vivientes... Los campos de concentración... Las cámaras de gas. Gran cantidad de zapatitos, anteojos, pelo, jabón hecho con la grasa de los judíos... ¡Qué horror! Ahí no se habla, pero cae de su peso que una se queda muda. De esto yo había oído hablar y visto en películas, revistas y periódicos, pero eso no es nada con lo que vi en ese lugar.

Ahora estamos frente a la tumba de Teodoro Hertz. Él fue el fundador de Israel. Su tumba es muy grande, de mármol negro. Tiene a su alrededor un jardín lindo, con muchas flores y árboles.

Ahí también están las tumbas de la gran Golda Meier y de Moshé Dayan, dos grandes personajes de la historia de Israel. Todo muy sencillo. Ahí está también el cementerio de los soldados. Son muchos. Una pequeña lápida en el suelo con su nombre y su edad. Algunos muy jóvenes.

En ese lugar se siente una gran paz.

Visitamos el Gran Museo de Jerusalén. Tiene una forma que llama la atención. Parece una campana. Es la forma de la tapa de las jarras que guardaban los rollos del mar Muerto. Este museo es una joya. Tiene cosas valiosísimas. Ahí están los rollos del mar Muerto, encontrados en las cuevas de Cumram.

El primer escrito es sobre Isaías. Está también parte del libro de Habacuc.

Se va bajando y mirando de un lado. Se va subiendo y admirando las bellezas que ahí se encuentran. Luego se devuelve por el otro lado y se sube y se sube.

Increíble ver aquellos pergaminos... Son un tesoro de nuestra historia. Luego "Luz y Oscuridad": un monumento negro y otro blanco. Vimos también una granada de piedra, con la forma de las que se comen, que data del tiempo de Salomón. La granada significa fecundidad y abundancia. También vimos un monumento de un emperador romano.

Cuando llegamos a casa, a las cinco de la tarde, Vicky nos esperaba. ¡Qué alboroto! Todavía no le habíamos dado todo lo que le traíamos de Costa Rica. Comió con nosotras. ¡Qué alegría! Le sacamos los ojos con todo lo que habíamos visto.

Jueves 28 de septiembre

A las ocho y treinta de la mañana salimos con Salomón. Vamos a pie. Ya el camino se me hace conocido, como si fuera mi pueblo. Subimos a la Puerta de Damasco. Es día de mercado. ¡Qué lindo! Toda la calle, a ambos lados, llena de ventas. Las señoras, con su cabeza cubierta, sentadas en el suelo, con lo que venden a su lado. Tienen el semblante algo triste. Eso me pareció.

Pasamos la gran puerta y la feria sigue. Hay unas gradas para salir a la calle fuera de las murallas. Ahí se encuentra el fuerte de las cosas sabrosas: manzanas a escoger, en diversidad de tamaños y colores; uvas negras, verdes, rojas, grandes y menos grandes. Yo salgo con mis dos paquetes de uvas y manzanas, ¡qué ricura! Bueno, por si es la única vez en mi vida.

La Puerta de Damasco fue reconstruida por los turcos. Es muy linda. Admiramos una puerta de construcción romano-vicentina.

Entramos para visitar unas excavaciones con ruinas de construcción romana. El cuarto de la guardia romana, Jerusalén antigua, la parte del mercado árabe. Tiene dos pisos. Está en ruinas.

Podemos caminar sobre la muralla. Pagamos y subimos. Vamos caminando sobre la muralla. Hay una vista lindísima, tanto de la Jerusalén vieja, como de la nueva. Miramos a ambos lados, dos panoramas para ver. La altura de la muralla es de cuarenta metros. Vamos subiendo hacia la parte alta de la ciudad. Allá arriba, en la mera muralla, Salomón nos tomó una foto.

Luego fuimos bajando, por más de trescientos metros, y desde la muralla llegamos a la puerta llamada Jafa. Ahí se rompen las murallas. Para permitir la entrada del káiser alemán con su gente y sus caballos, los turcos abrieron un boquete enorme. Se entra a una calle muy amplia. Ahí tuvimos dos "regalos": uno, la Iglesia de la Dormición, y otro, la Iglesia del Santo Sepulcro.

Entramos al museo de la ciudad de Jerusalén, con sus conquistas y sus diferentes épocas. Es enorme y muy bien cuidado. Había varios maestros con alumnos de escuelas y colegios. Llama la atención que el grupo de alumnos es pequeño y que el maestro o profesor está armado con una buena arma. Me dio tristeza. ¡Gracias por lo que nosotros tenemos!

Regresamos a casa y nos despedimos de Salomón.

Hoy por primera vez almorzamos todas juntas en la casa. Un gran almuerzo. Y rapidito, para salir con Marta. Ella camina rapidísimo. Nos lleva por la puerta de Sión para tomar un bus especial que hace un recorrido por la ciudad. Es algo lindísimo. Se conoce mucho. Al subir nos dieron un mapa, y Marta nos explicó por dónde vamos. Hora y media duró el recorrido en un bus muy lindo con música de Israel de fondo. Disfrutamos mucho. Al llegar cerca de la Puerta de Los Leones, nos bajamos. Marta tenía por allí una reunión muy importante, así que nos fuimos solitas hasta la Puerta de Damasco que ya conocíamos y ligerito llegamos a la casa.

De nuevo en casa tenemos tiempo libre. Yo, como siempre, en vez de descansar me fui a mi querida terraza a mirar y mirar, contemplar Jerusalén. Deseara como

tragármela. Me da la impresión de una colmena, las casas tan juntas, unidas una con la otra. Es algo especial.

Las casas son de piedra, sin techo. Lo que tienen es algo como un guacal embrocado. Esto las hace ser frescas y, cuando llueve, se recoge el agua para guardarla. El cielo es siempre azul, muy azul. El sol es radiante y eso hace que en el día la ciudad luzca blanca. Cada casa tiene sobre el techo algo así como un espejo y una especie de tarro. Es que usan la energía solar para calentar el agua que usan en la casa. Siempre hay agua caliente.

Cinco y media de la tarde, disfruto de la puesta de sol. Jerusalén luce rosadita, una belleza. Disfruto de la vista preciosa sobre la ciudad, sobre el Monte de los Olivos. A esta hora se siente el fresquito tan deseado.

Es la hora de la oración de los musulmanes. ¡Cómo quisiera tener en mi poder una grabadora! De un minarete cantan, a toda voz: "a-a-a-a...", y de otro responden, también a todo dar: "e-e-e-e...", para que nadie se quede sin oír.

No se ve ni una nube en el cielo y todo luce de un color rosado. ¡Bendito sea el Señor, Nuestro Padre!

Viernes 29 de septiembre

El viernes es el día que guardan los musulmanes. Desde la víspera por la tarde guardan y limpian todo, de modo que la Jerusalén musulmana amanece limpia, sin ventas, todo cerrado, muy pocas personas en la calle. Y, por supuesto, las calles se ven más anchas.

Tenemos el día libre. Por fin hoy nos llevarán a conocer la casa. Teníamos gran curiosidad por conocer lo nuestro. ¡Qué emoción! Yo no me esperaba encontrar tanta belleza. Es un verdadero tesoro lo que el Señor ha puesto en nuestras

manos. Ver, tocar, palpar, admirar nuestro museo, el cofre de maravillas que ahí se encuentra.

Visitamos nuestra casa del Ecce Homo. Empieza la visita con todas las de ley. Sor Jeanne Bernadette, hermana de Sión, dedica todo su tiempo para darnos a conocer, en primer lugar el Litóstrothos. Nos reúnen en una salita a la entrada y ahí nos muestra un material que ya tienen preparado para los turistas que lo visitan: una especie de papelógrafo con los detalles de lo que ahí se encuentran, la historia del descubrimiento, por el padre Marie, y cómo eso llegó a sus manos. Después de escuchar todo eso se empieza la visita.

Fue en 1851 cuando el padre Marie vino a Israel para buscar una casa. Claro que con un interés, y por qué no, lleno de esperanza y confianza, seguro de que el Señor le tenía algo preparado.

Empieza la búsqueda. Hay un terreno, unas ruinas. Él no sabe qué es, pero a punta de indagar y averiguar descubre el gran tesoro, y calladito, sin decir nada a nadie, se enfrenta a lo peor: ¿de dónde coger el dinero?

Él se dio cuenta de que ahí fue donde Pilatos condenó a Cristo. "He encontrado el lugar donde Cristo fue juzgado": la Fortaleza Antonia. Esta fue construida por Octaviano para proteger el Templo. Pedro estuvo aquí en la Fortaleza Antonia.

La construcción que vemos fue hecha bajo la dirección del padre Marie.

Bajamos a la cisterna, diecisiete metros bajo el piso. Está tal cual fue construida. Ahí se encontraron cosas como pequeños sarcófagos y canoas.

Más tarde, cuando las hermanas hicieron limpiar todo, fue cuando encontraron las lozas que contenían los juegos de los soldados.

Estamos ahora en el verdadero Litóstrothos. Me siento emocionada. Aquí estuvo Jesús. Ya lo habían flagelado y estaba molido a palos. ¡Qué dolor!

Las lozas que cubren el piso son enormes. Ahí hay un pequeño altar y los peregrinos celebran la misa. Nos quedamos un rato. No dan ganas de irse.

Se dijo: "Aquí hay un condenado a muerte y dice que él es el rey de los judíos. Pónganle una corona de espinas en señal de burla". Ahí le fue ensartada la corona de espinas a Jesús en la cabeza.

Las lozas son auténticas. También hay una parte de una columna del segundo templo de Salomón.

Sión tiene un tesoro en sus manos, una gran cantidad de piezas, muchos huecos, pasadizos, la gran cisterna, gran parte de la Vía Dolorosa. La fortaleza tenía que ser muy lujosa. Las partes de arcos y los objetos encontrados lo demuestran. Muy sólida, claro, puesto que era del Emperador. Me llamó mucho la atención una vasija pequeña, muy linda, que fue encontrada ahí y que la tienen en una vitrina. Esto es un museo, muy bien montado y cuidado. Me hizo sentirme orgullosa.

Luego fuimos al bazar. Yo compré algunas cositas para llevar.

Son las once de la mañana y, como tenemos tiempo, Amparo, Argentina y yo fuimos al muro. Llegamos muy bien. Me sentí feliz de estar nuevamente ahí. Y de poder ir solas. Siempre se encuentran personas haciendo oración, es algo que me llama mucho la atención. Nunca está sola la explanada.

Regresamos rapidito para almorzar.

Todos los viernes se reza un vía crucis que sale de una escuela situada al frente de Sión. Va gran cantidad de personas, que cantan y caminan rapidito, llevando grandes cruces en los hombros.

Hoy vamos con Marta y otras hermanas al Muro, para asistir a la entrada del sábado. Salimos a las cinco de la tarde. Es lindo ver la cantidad de hombres, todos con el talit y los tefilín, rezando y cantando, algunos en grupos, otros solos, con gran fervor, bien concentrados. Están en lo que están. También hay muchos

niños y mujeres. En un momento dado todos se vuelven hacia el otro lado, al frente, dando la cara, cantando e invitando a la prometida: "Que venga mi bien amado". Es muy lindo. Se siente el gran amor y deseo del Señor. La explanada luce muy iluminada, está de gala.

Al regresar, la comida la sirvieron en el comedor de abajo, con las francesas, pero nos esperaban las hermanas de arriba para que fuéramos a comer el postre. ¡Qué lindo! Una ensalada de frutas con granada, uvas, manzanas, y una repostería riquísima. Pasamos un rato muy alegre en el corredor de arriba, al aire libre. Las hojas de las palmeras llegaban hasta el corredor.

Sábado 30 de septiembre

Fuimos a la Iglesia de Santa Ana para la Eucaristía. La celebramos en la cripta.

Luego fuimos a la Iglesia de la Dormición de María, la que está al pie del Monte de los Olivos (la otra está en el Monte Sión). Nos acompañó el padre Lucas, un brasileño muy fino. La iglesia queda cerca de Sión. En una tarima se encuentra la imagen de María, dormida.

Luego visitamos el Monte de los Olivos. Los árboles de olivo los tienen entre verjas para protegerlos. Grandes troncos viejos, pero bien conservados. Se cree que son del tiempo de Jesús.

Luego visitamos la iglesia de Getsemaní. Es pequeña. Me impresionó mucho un cuadro muy grande, donde se ve a Jesús en el huerto haciendo oración y los apóstoles dormidos. Llega Jesús y les dice: "¿No han podido velar una hora conmigo? Ahora sí, duerman". Esto me dio un gran sacudión. Esta iglesia está frente a la Puerta Dorada, desde donde se aprecian muy bien las murallas de Jerusalén. A la entrada hay una frase que dice: "Oh, vosotros que pasáis, ved si hay dolor como mi dolor".

Luego pasamos a un cementerio judío muy grande y desolado, que está cerca de la Iglesia de los Olivos. Las tumbas están llenas de piedritas. Es una costumbre judía: cada visitante que llega pone una.

Luego subimos por un camino muy empinado, para visitar la Iglesia de Santa Magdalena, pero estaba cerrada. Queríamos visitar también otra que se llama Dominus Fleuit, donde Jesús lloró sobre Jerusalén, y otra más, pero algunas de nosotras ya no tenían fuerzas y tuvimos que quedarnos con las ganas. Bajamos, le dimos vuelta a la muralla y entramos por la Puerta de la Basura. Llegamos de nuevo a la explanada, al Muro. De nuevo, gran cantidad de hombres, jóvenes y niños en profunda oración.

Regresamos a la casa para almorzar.

En la tardecita vino Vicky y salimos con ella a Jerusalén. Nos pasó por unas calles en pleno Jerusalén viejo. Verdaderos tugurios. Recovecos, pobreza extrema. Viven amontonados. Donde uno menos cree vive alguien. Todos pegaditos, me pareció un panal. ¡Qué tremendo!

Fuimos nuevamente a la Iglesia del Santo Sepulcro, pero vimos otra parte. Vicky nos llevó a una especie de cuartuchos donde hay unos monjes. Una gran oscuridad, un montón de candelas. Se camina a tientas. Yo no entendía qué era aquello. Son monjes ortodoxos. Fuimos a la iglesia a la hora en que hacen la liturgia. Era algo tremendo. Un gentío revestido. Muchachitos como monaguillos. Cruz alta. Luces. Y mucho canto, casi un estruendo. Por otro rinconcillo, otros vestidos de negro y cante y cante. Otro estruendo. Estos son ortodoxos griegos.

Allá arriba, en el Calvario, los franciscanos. Otra gran cantidad. Revestidos como para una gran liturgia. Luego bajan. Las gradas son tan estrechas y tan paradas que parece que se van de cabeza. Luego se van en procesión a su capilla. Cada congregación tiene su parte. ¡No me gustó!

Bueno, fue una tarde distinta donde pudimos apreciar la realidad de la vida en Jerusalén. Disfrutamos con Vicky.

Hoy la comida la tendremos en el comedor de los peregrinos. Será algo muy especial. Nos encontraremos con el padre Sabia. ¡Qué emoción conocer al padre Sabia! Encontramos la mesa arreglada muy linda, con una especie de abanicos hechos con las servilletas de color salmón y un cartel que decía: padre Sabia y hermanas. Esperamos un poquito y al fin llegó. ¡Qué belleza de persona! Desde el primer momento nos ganó. Comimos rapidito, en un ambiente de alegría y amistad. Luego nos fuimos a una sala al lado para preparar el gran viaje a Galilea. ¡Qué emoción!

Jesús se fue a Galilea para librarse de Herodes. Nosotras iremos a Galilea para conocer el lugar, para empaparnos de la vida y de los pasos de Jesús.

Saldremos de Jerusalén rumbo a Emaús y ahí celebraremos la Eucaristía.

Tendremos que madrugar para estar listas en la puerta a la siete de la mañana, ya desayunadas. Marta nos preparará el almuerzo. Llevamos una hielera.

Domingo 1º de octubre

A las siete de la mañana ya estábamos listas en la puerta: bolso, sombrero, zapatos cómodos, mangas largas, Biblia, agua.

¡Qué emoción! Hacia Galilea por la orilla del mar. Diario en mano, yo toda ojos y el corazón bien abierto, dispuesta a dejarme llenar por el Señor.

Ya está el microbús que nos llevará a Galilea. El chofer es un señor maduro, callado, simpático. Nos vamos con él a Ratisbona, a recoger al padre Sabia. Ya con él salimos de Jerusalén y tomamos una carretera muy linda. Se nos dan indicaciones sobre el viaje: su contenido y la riqueza que significa. Llegamos a unas ruinas de una iglesia del Siglo V, de las Cruzadas. Es Emaús. Aquí tendrá lugar la primera Eucaristía de la peregrinación. Una misa especial y con gran significado: reconocer a Jesús en el partir el pan. Meditación.

La carretera a Galilea es muy linda. La zona es de gran riqueza. Vemos de lejitos el aeropuerto Ben Gurión.

Llegamos a Jafa, donde árabes y judíos viven felices y sin problemas. Pedro estuvo en Jafa. Ahí se encuentra el río Yarcón, el único río en Israel que va de este a oeste.

Llegamos a Tel Aviv. ¡Una belleza! Enorme, muy moderna, muy elegante. Luego, a Cesárea. Herodes construyó esta ciudad y levantó ahí el pueblo. Dio trabajo a todo el mundo. Vemos las ruinas de un teatro de ese tiempo: escenario semicircular, galería con muchas gradas y una explanada enorme, también semicircular. Un teatro a todo dar. Debe haber sido una belleza, una grandeza. Estas ruinas quedan cerca del mar. Leímos Hechos 10, 1ss. En Cesárea Pablo estuvo preso dos años.

Vamos luego al monte Carmelo. ¡Otra belleza! Es un monte muy alto, con un gran jardín. Una estatua enorme de Elías con una espada en la mano. Este lugar es una especie de mirador, desde donde se domina el valle de Yesrael. Hay una iglesia pequeña y una imagen de Elías que recuerda el sacrificio.

Vamos luego a Haifa. Es el puerto más grande e importante de Israel, con sus tres muelles: uno militar, otro comercial y el tercero de exportación.

Después vamos a Yaco. Visitamos el monasterio del Carmelo. Lo llaman "universidad vertical", por ser alta y recta. Llama mucho la atención.

Visitamos Jopee. ¡Muy linda! Luego la travesía de Jopee a Tiberíades, bastante larga, pero preciosa.

Llegamos a Tiberíades al atardecer. Nos vamos a hospedar en el hotel "Hoster Ospis". Nos recibieron muy bien. Solo hablan inglés. Abajo, en la entrada, nos dieron las llaves. Comparto el cuarto con Argentina. Estamos al lado del Lago. Los ascensores quedan por fuera, de manera que, de noche, se ve muy lindo cuando sube o baja el ascensor. Desde la terraza se ve muy bien el pueblo de Tiberíades.

Es muy grande y muy lindo. Edificios preciosos. Al frente tenemos dos hoteles enormes, uno se llama el Hotel Plaza. Hace un calor terrible y los cuartos son muy calientes. Yo disfruto mirando el lago.

Lunes 2 de octubre

A las cinco de la mañana me levanto con la ilusión de que nos vamos a bañar en el lago, pero no se pudo porque no supimos por dónde era la entrada. Esperamos a Sabia, pero no llegó. Así que disfrutamos del fresquito de la mañana. Un amanecer precioso. Luego preparamos el desayuno. Nos dejaron las cosas aquí arriba: pan, mantequilla, jugo de frutas, muchas frutas frescas. ¡Una delicia! Primera vez que estoy en un hotel. Me siento rara, pero no mal. Me gusta mucho. Nadie se levanta temprano. Sabia, la bondad y abnegación misma, chorrea el café en un aparatito que él carga: “cafeciño” brasileño, una delicia.

Desayunamos y nos alistamos para salir hacia Nazareth. Un taxi llega por nosotras. Rapidito, arriba y ¡jale! El chofer es un árabe bien moreno, muchachón, muy simpático.

El pueblo es muy grande; muy lindo, con grandes construcciones. Nosotros nos fuimos directamente a la Iglesia de la Anunciación. Ahí tendremos la misa en la mera gruta de la Anunciación.

Esta iglesia es muy grande y se encuentran en ella rastros de tres culturas. En la cripta están las excavaciones, un tesoro: la gruta donde tuvo lugar el “sí” de María. El segundo piso, bien construido, le da sentido al misterio ocurrido ahí. Está cuajadito de iconos e imágenes. Ahí se celebra ese misterio en todos los ritos. La arquitectura es totalmente moderna.

Nosotros vamos directamente a la gruta para nuestra Eucaristía. Es pequeña y el altar también muy pequeño. Nosotras nos sentamos alrededor del altar. ¡Qué emoción! Me siento sobrecogida. ¡Qué bondad la del Señor! Estar en este lugar de

tanta trascendencia para la humanidad. Y a mí me lo da la congregación. Fue una misa especial, algo muy íntimo. Sentimos la presencia de María y un llamado a la fidelidad y al amor. Yo canté el magnificat con todo mi corazón. Renovamos los votos, nuestros votos, ahí mismo donde María se entregó totalmente. La gruta es muy acogedora, no dan ganas de irse. Nos quedamos bastante rato. Sentí muy cerca el "sí" de María. Las piedras tan antiguas dan el tono de realidad.

El padre Sabia, una bella persona, como un buen papá se da a los demás. Él vive intensamente todo lo que es de Sión.

Fuimos luego a la Iglesia de San José. Ahí encontramos a sor Antonia, una hermana de la congregación de San José, muy amiga del padre Sabia. ¡La fineza y la bondad en persona! Una fineza que me llamó la atención, algo que es vida en ella. Yo me quedé perpleja. ¡Qué belleza de hermana! Nos ofreció un café para después de que conociéramos la iglesia y las excavaciones. Estas son muy grandes y en ellas se han descubierto muchas cosas importantes: una gruta con su puerta de entrada y una piedra grande, redonda, que se corre y tapa la entrada. Se dice que ahí fue enterrado San José, es la tumba del justo José. La casita con sus compartimentos, donde vivía la Sagrada familia.

Nazareth, cuna de nuestra redención. Aquí el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. Vino para quedarse. Vida oculta de Jesús, como un simple judío. Crecía en sabiduría, estatura y gracia ante Dios y ante los hombres.

Después del recorrido fuimos a tomar café. ¡Qué café más espléndido! Café, fresco, una delicia de galletas, pancitos, todo muy rico. También manzanas, peras, uvas y, como si fuera poco, una bolsa para cada una, con un tarro de jugo y una manzana para el camino. Además, sor Antonia nos invitó para que fuéramos por la tarde al colegio, que queda cerca, a tomar café.

Conocimos a las hermanas de la Congregación de Nazareth, su gran museo y las excavaciones enormes, una belleza. Ahí descubrieron gradas y aposentos. En esas profundidades una se siente que no es nada.

Conocimos el jardín y la capilla de las Hermanitas de Foucold. La capilla es pequeña y no tiene asientos. Las religiosas se sientan en el suelo. Conocimos también a una hermana. Ellas son contemplativas.

A las cuatro de la tarde subimos al Colegio de San José a tomar el café. Allí estaba sor Antonia, que había subido para esperarnos y acompañarnos. Otra vez café espléndido. Una repostería finísima, fresco, frutas, algo fantástico.

Todas las hermanas nos acogieron con gran cariño. Fuimos a conocer el colegio y el jardín ¡una belleza!

En Nazareth centro tienen una escuela, que es donde vive sor Antonia. Ella me felicitó por ser hoy día de los santos ángeles.

El padre Sabia se fue al centro a buscar un taxi para regresar a Tiberíades, pero regresó sin nada.

Ya era tarde, nos despedimos y nos fuimos a la calle. Sor Antonia estaba con nosotras. Por fin pasó un taxi y nos llevó. ¡Qué alegría! El chofer, un árabe muy simpático, se hizo amigo del padre Sabia y los dos se pusieron de acuerdo. Él fue el que nos llevó de regreso a Jerusalén.

Llegamos al hotel, muy cansadas y con mucho calor. Fuimos al lago y ahí estuvimos un rato recibiendo el aire fresco. No dan ganas de acostarse, pues hace mucho calor en los cuartos. Hay abanicos, pero el calor no se aguanta. Nosotras lo dejamos al mínimo en el suelo y algo refrescó.

Martes 3 de octubre

Día tercero, un día muy especial. Tema: "La vida pública de Jesús".

Primera manifestación en el bautismo, primer milagro en Caná, primeros discípulos, primera predicación alrededor del lago de Tiberíades.

Muy tempranito, ¡arriba! Grandioso día de vida en el lago. Es enorme, una verdadera belleza.

A las cinco y media sale el sol. ¡Qué maravilloso amanecer en Israel, en el lago! Este lago fue muy amado por Jesús. En el Evangelio se le nombra mucho: en el lago... junto al lago...

Me estoy bebiendo la salida del sol. ¡Qué lindura! Va saliendo despacito, aumentado su luz. Ya se refleja en el agua. ¡Qué belleza! Sor Argentina toma una foto. Yo me dejo penetrar de la maravilla y belleza creada por el Señor.

Ya estamos listas para irnos a bañar en el lago. Esperamos al padre Sabia, pues no sabemos dónde queda la entrada. El lago lo tenemos al frente. Es todo nuestro. Solo se cruza la calle y enseguida hay una entrada muy bonita, es privada, solo para las personas del hotel. Una bañada riquísima. Disfruté montones.

Pensé que Jesús amó mucho este lugar y lo frecuentaba. Le gustaba encontrarse aquí con la gente que amaba.

Ocho y treinta. Ya estamos en el muelle para salir en el barco y cruzar el lago. El barco se llenó. También van unas españolas. Todo el mundo feliz, caras alegres. Yo toda ojos. El barco parte mar adentro, va lento. ¡Qué maravilla! Cantamos "Tú has venido a la orilla". Sabia leyó el pasaje de Pedro caminando sobre el agua. Otro sacerdote leyó el llamado de Jesús a sus primeros discípulos junto al lago (Lc. 5, 1-11).

El lugar adonde llegamos es distinto: Cafarnaum. Fuimos a visitar las ruinas de la sinagoga. Muy cerca se encuentran las ruinas de la casa de Pedro, donde Jesús entró y encontró enferma a la suegra de Pedro, la curó y ella se puso a servirles. Dice Sabia que de seguro Pedro era viudo, pues Jesús habló de su suegra pero no de su mujer. Jesús vivió donde Pedro tres años. Lo preparaba para la misión que le encomendaría. También el padre María fue preparado para dar el paso que dio.

Fuimos a la iglesia de la multiplicación de los panes. ¡Qué emoción! El altar es una piedra grande y redonda colocada en el jardín. Ahí, frente al lago y alrededor del altar, fue nuestra Eucaristía, con la lectura de la multiplicación de los panes.

El campo es muy grande y pertenece a los benedictinos. Estaban cosechando aceitunas, igual que la cogida de café en Costa Rica. Lo único es que las aceitunas se cosechan en un árbol y, aunque no es muy grande, tienen que usar escalera. Había señores, señoras, muchachos, muchachas. Los canastos son como un embudo que se amarran como nosotros nos amarramos los canastos para el café. Luego llevan las aceitunas en un chapulín hasta grandes cajones. Ya tenían seis de esos cajones llenos. ¡Qué lindo! Las personas se veían muy simpáticas y risueñas. Disfruté. Me sentí como en el cafetal.

Luego fuimos a una sala y nos pasaron un documental relacionado con el pan, la Eucaristía y la multiplicación de los panes. Había también una exposición de mosaicos pequeños y una venta de tarjetas y pósteres. Pero no pudimos comprar nada, porque cerraron para el almuerzo. Todos eran alusivos al pavo. Algo precioso.

Vimos el Monte de las Bienaventuranzas. Un altito y luego una hondonada pequeña. Nos dijo Sabia que Jesús se colocaba en la hondonada y la gente en el alto, y que ese lugar tiene una acústica muy buena.

Subimos a pie hasta la orilla de la carretera para ver si podíamos tomar un bus. Pasó uno con un grupo de turistas y nos llevó. La guía explicaba en inglés. El camino es precioso. Vimos plantaciones de banano. Las matas son pequeñas. El bus nos dejó cerca del hotel y nos fuimos a pie. Llegamos al hotel a dejar las cosas y a coger plata para ir al súper. Cada una compró lo que quería para almorzar. Sabia se compró dos bolsas de leche. Yo lo admiro. Yo compré yogurt, pan, queso y frutas.

Por la tarde fuimos a la orilla del lago. Un atardecer precioso. El lago lucía rosadito.

Sabia nos habló de una manera tan linda, tan amena y tan profunda sobre los dos textos de la multiplicación de los panes y de la pesca milagrosa, que me llenó mucho. Me parecía ver a Jesús conversando y escuchando a la gente. Él amaba este lugar y el encuentro con los demás.

Por la noche Sabia no llevó a dar una vuelta por el centro de Tiberíades. Es muy grande y lindo.

Estuvimos sentadas largo rato junto al lago. Es muy lindo, fresquito, alegre. Se encuentran restaurantes a toda la orilla del lago, y barcas, lanchas, lanchitas atracadas. ¡Qué bien se está ahí! Me encantó. Cómo me gustaría quedarme siempre a la orilla de lago. Caminamos bastante, para conocer. Hay cuatro hoteles enormes, preciosos. Uno se llama el Hotel Plaza.

Miércoles 4 de octubre

Salimos a las siete de la mañana. Cuarto día de la vida pública de Jesús. El tema fue "el agua".

Para comenzar fuimos a la Iglesia del Primado de Pedro. Llama la atención una gran piedra, como una mesa, y doce piedras pequeñas a la orilla: Cristo y los doce apóstoles. Se dice que en esta gran piedra tuvo lugar el acontecimiento de una de las apariciones de Jesús después de resucitado a orillas del lago, cuando les dijo: "Traigan de los peces que acaban de pescar y vengan a desayunar".

A la Iglesia de las Bienaventuranzas no pudimos entrar porque estaba cerrada por ser muy temprano. Sabia nos la describió.

Luego subimos y subimos hasta un lugar donde conocimos dos antiguas sinagogas. Fuimos por un caminito hasta llegar al lugar. Una de las sinagogas era un cuartito pequeño donde se encuentran cosas antiquísimas de uso de las sinagogas; la otra estaba en ruinas. Cómo conservan las cosas y con qué cariño.

Bajamos hacia los manantiales que salen del monte Hermón y que forman el río Jordán. Estos manantiales son tres. Vimos el primero y el segundo, pero no nos detuvimos. Donde está el tercer manantial es algo grande: un parque con zonas verdes donde se puede almorzar. Está cerca el arroyo. Había peces.

Luego subimos a la roca donde nace ese tercer manantial. Es una roca altísima, de una belleza extraordinaria por su forma y sus colores. Esta roca es muy importante, porque ahí fue donde Jesús le dijo a Pedro: "Tú eres Pedro y sobre esta roca edificaré mi Iglesia". Ahí almorzamos. Llegaron niños de una escuela. Claro, la maestra y el maestro estaban armados. Compramos tarjetas y sacamos fotos.

Vimos algunas ciudades drusas, gente de los montes. También conocimos los Altos del Golán y vimos algunos kibutz. Estuvimos en los límites con Siria. Es una zona militar, con bases de Siria y de Israel.

Luego conocimos la entrada del río Jordán en el lago. Es el río que lo nutre. Dimos la vuelta al lago, es una belleza. En esta parte hay tres "kibutzim". Vimos grandes plantaciones de banano. Las matas son pequeñas, cada racimo con su bolsa. Yo me alegré de ver bananos, me sentí en Costa Rica. Vimos también plantaciones de dátiles. Igualmente, los racimos con bolsas.

Por fin llegamos adonde desagua el lago, es decir donde continúa el río Jordán. Entramos a una parte donde se puede bajar al río y bañarse. Es ahí donde se celebran los bautismos. ¡Qué impresionante pensar que ahí estuvo Jesús y fue bautizado por Juan Bautista! El río es pequeño, corre despacio, parece estancado. Hay muchos árboles.

El padre Sabia nos hizo una liturgia lindísima, con gran significado. Renovamos las promesas del bautismo en Israel, ¡en el río Jordán! ¡Increíble, pero cierto!

Vimos y tocamos una fuente de aguas termales, muy caliente. Una belleza de campo. ¡Y cómo no!, si aquí tenía el rey su residencia. Tenía que ser algo lindo, una maravilla, algo nunca visto por mí.

Fuimos nuevamente al lago. Otra bañadita. ¡Qué delicia! Son las cinco de la tarde. El lago luce de color celeste y las montañas de al lado tienen un color rosado. Desearía comérmelos con los ojos. Ya mañana nos vamos. ¡Qué triste!

Hoy tuvimos la Eucaristía en el hotel, en la terraza, con una linda vista hacia el lago, los Altos de Golán, las montañas de Galilea, el centro de Tiberíades y con la luna de testigo. ¡Una belleza!

La Eucaristía de cada día recogía la riqueza del día. Acción de gracias en un clima de intimidad, de confianza y de cariño que siempre reinó en el grupo.

Como siempre, fuimos al súper a comprar algo para el almuerzo del día siguiente. Último día en este tremendo calor de los cuartos tan encerrados del hotel. Pero esto no es nada para la gran riqueza que hemos recibido, para lo que hemos conocido y lo que hemos disfrutado.

Jueves 5 de octubre

Nos levantamos muy temprano para disfrutar de la última salida del sol en Galilea. Como siempre, el amanecer es encantador. Lo disfruté de lo lindo. El reflejo del sol en el agua forma un camino amarillo, lleno de luz, encrespado, que me lleva hacia el Señor.

El desayuno, como siempre, con el buen "cafeciño" de Sabia.

Ya todo listo. Llevo conmigo un montón de recuerdos, tarjetas, piedrecillas... El lago se va conmigo.

Quinto día: "La subida a Jerusalén". Después del fracaso junto al pueblo, Jesús decide subir a Jerusalén. Conforta a sus discípulos predilectos, se transfigura en el Tabor.

A las siete de la mañana, salida de Tiberíades rumbo al monte Tabor.

El monte es altísimo, un cono perfecto. El camino es estrecho, en forma de caracol, en zigzag. El carro va subiendo despacio, en vueltas muy pronunciadas, unas muy cerca de las otras. Una vez arriba, qué belleza. En lo más alto está la iglesia, con una vista preciosa. Llama la atención, pues como está en la cúspide, desde ahí se ve para todos lados. El valle está totalmente plantado, es precioso.

La Iglesia de la Transfiguración es pequeña. Sobre el altar hay una pintura grande del acontecimiento, con todos los personajes. Los vestidos blancos de Jesús dan escalofrío. Ahí tuvimos la Eucaristía. Fue muy significativo para mí tener la Eucaristía aquí, contemplando este misterio, esta manifestación de la divinidad de Jesús. El padre Sabia es muy realista en sus comentarios. Enfoca los acontecimientos de una manera muy clara: lo que el hecho significa y lo que debe significar para cada persona hoy.

Luego compramos algunas tarjetas y bajamos pronto. Cuando bajábamos nos topamos con unos alumnos de colegio que subían el cerro a pie. Algunos ya no daban más. Unos iban arriba y otros apenas comenzaban.

Vamos rumbo a la baja Galilea. Pasamos por el valle de Jezrael, que es muy fértil. Da gusto verlo todo cultivado, parece un verdadero jardín. Ya en el desierto encontramos algunos rebaños. Como yo quería tomarles una foto, pararon el carro y la tomé. Me conmoví al ver las ovejas tan sucias, comiendo nada, pues ahí solo había piedras y un sol abrasador. Sentí pena de los pastores y de las ovejas.

Al llegar a Jericó, en la casetilla de los soldados nos previnieron de no entrar en Jericó. ¡Qué pena! Dicen que es peligroso porque tiran piedras al que entra. Pasamos de lado. Nos conformamos con verlo de lejos. Nos damos cuenta de la diferencia tan grande que hay entre las plantaciones de los árabes y las de los judíos. Las técnicas son muy diferentes. Aquí, en Jordania, la agricultura es árabe. Nunca igual.

Vimos tiendas de beduinos. Se me estrujó el corazón: en pleno desierto, bajo aquel sol abrasador, una media tienda, la burrita, la calma. ¿Cómo resisten? Dice el padre Sabia que ellos aman el desierto con todo su corazón, que es su casa, disfrutan de él y viven felices.

Llegamos a Kumram. Las rocas son lindas por su forma y sus colores. ¡Qué misterio! Me impresiona el acontecimiento que tuvo lugar ahí. Cómo se conservan esos tesoros y la manera milagrosa como fueron descubiertos. No fuimos a las cuevas porque era muy caro. Fuimos a una tienda-restaurante muy linda y las que quisieron tomaron café. Afuera había un camello y Amparo se hizo tomar una foto con él.

Almorzamos en el jardín del colegio de unos franciscanos, debajo de una higuera cargadita de frutos. Lo malo es que los murciélagos tienen todo sucio, ¡qué lástima!

Nuestro almuerzo estuvo muy rico. Era con delicioso yogurt de Israel. El chofer, árabe, traía su almuerzo en un recipiente muy lindo. Eran unas bolitas de un queso blanco en una salsa con aceite de oliva. Se lo comió con mucho gusto. Esto les da mucha energía. Nos ofreció y yo probé un poquito. Estaba muy bueno.

Luego fuimos al mar Muerto. Dejamos el carro en la carretera y nos acercamos. ¡Qué sorpresa! Totalmente distinto de lo que yo me imaginaba: un charco negro, muerto. ¡Qué va para muerto! Es algo muy lindo, sin igual. Todo un mar, lleno de movimiento. El agua es tan clara que refleja la belleza del cielo celeste. Yo tenía miedo de meterme a causa de mi alergia, pero me metí y me mojé todo lo que pude y no sentí nada raro. El agua tiene como el espesor de un almíbar, pero salado, tan salado que se siente amargo. En la piel se siente como aceite. No me dio picazón ni ningún ardor. Claro, con aquel calor fue muy agradable. El chofer sí se dio cuatro gustos nadando. Le cayó agua en los ojos, lo que le molestó un rato, pero después fue como nada.

Seguimos el camino. Impresiona pensar que pasamos por esas tierras, que fueron los primeros territorios de Abraham. Meditar en el llamado a Abraham, que deja todo y se va a la tierra que Dios le da.

Luego rumbo a Jerusalén, atravesando el desierto de Judá. Está formado de cordilleras, picos altos y abismos, valles, planicies. Como en Costa Rica, pero sin vegetación. Es muy lindo, de colores. Verdaderas montañas, pero de pura roca. Como nuestros volcanes, pero desnudos. Yo me sentí en suelo lunar, tachonado de unas diminutas piñuelitas, montoncitos como de musgo. ¿Cómo se mantiene? No lo sé. Dios sí lo sabe. Vimos muchos rebaños. Me pregunto qué comen.

Cinco días pasados en Galilea con el padre Sabia, que se portó con nosotras como un papá bueno, comprensivo, cariñoso. Se dio totalmente a nosotras. Él es muy fino, de un humor exquisito. El "cafeciño" brasileño no faltó. Él carga con toda sencillez el café y el aparatito para chorrearlo. De verdad me sacudió y me hizo pensar. Veo en él un santo.

Algo de hebreo he aprendido con el padre Sabia: Yasmina: a la derecha, esmola: a la izquierda, iofe: muy bien.

El padre Sabia nos anuncia que ya nos acercamos a Jerusalén. Se ven las cuatro torres de la muralla: eso es Jerusalén. Cantamos "Qué alegría cuando me dijeron vamos a la casa del Señor".

A las tres y media de la tarde entramos de nuevo en Jerusalén. ¡Qué emoción! Ya es algo mío, conocido, pisado y amado. Nos recibieron con mucho cariño, como en nuestra casa, como en Sión.

Ya de nuevo en casa, ¡qué alegría!, de nuevo a la terraza. ¡Qué maravilla! Cada atardecer es distinto. Disfruto al máximo, siento que mi ser estalla en acción de gracias.

A las seis de la tarde tendremos la Eucaristía con el padre Lucas, brasileño. Pero, claro, en español. Nos dimos gusto cantando.

La cena, como siempre, una gran alegría. A sor Joaquim le encanta que les cantemos la bendición de la mesa en español. Les contamos todo lo que habíamos visto.

Viernes 6 de octubre

Hoy tendremos libre, así que lo pasaremos aquí, en el Ecce Homo, en Jerusalén.

Felices de estar en casa. Tenemos ropa sucia que lavar y podremos quitarnos el calor que uno guarda al regresar del desierto.

Un alto en el camino para reflexionar y tomar conciencia de los cinco días tan ricos pasados en Galilea y con el padre Sabia.

Como es viernes, la casa cambia. Hay muy poca gente en Jerusalén. Es el día de los musulmanes.

Salimos a dar una vuelta. Subimos hasta la Puerta de Damasco a comprar frutas. ¡De volverse loca! Me compré uvas, manzanas y una granada, ¡qué delicia! Compré también un kilo de manzanas amarillas. Me dieron nueve. Así que volvimos cargaditas.

Después de almuerzo tenemos la visita a nuestra basílica del Ecce Homo, que no pudimos hacer antes. A esta basílica yo la llamo nuestro tesoro. Me encanta. Este tesoro fue muy amado por el padre Marie. ¡Cuánto le costó hacerla! ¡Qué congojas y angustias! Ahí quedaron muchos de sus sueños, sus fuerzas, pero hoy podemos ver y disfrutar lo que él fue capaz de hacer. Algo grandioso. Gracias a su gran fe, su tenacidad y su confianza en el Señor y en María y en la Divina Providencia.

El templo es bastante grande y el altar está hecho con una loza del Litóstrothos. Vemos el arco que fue descubierto por el padre María. También una pared de piedra muy alta y arriba unas ventanas por donde se asomaba el padre María a

tirarle piropos a la Virgen y al Señor. Ahí tenía él su cuarto para estar siempre cerca de Jesús, su gran amor. Disfruté mucho del ambiente que ahí reina.

A las tres de la tarde fuimos al vía crucis que hacen los peregrinos todos los viernes. Un gentío. Salen de una escuela al frente de Ecce Homo. Entre varias personas llevan una gran cruz. Van rápido. Las oraciones fueron en italiano y en inglés. Me gustó mucho. Es posible concentrarse.

A las cinco y media, a la terraza. Una belleza de atardecer con una brisa riquísima y la luna luciendo muy bella. Me hacen falta las nubes, pero aquí es así. En ese momento comenzó la oración árabe, con sus gritos. Bueno, es lo de ellos, y el Señor es alabado por todos sus hijos. Me hubiera encantado tener una grabadora para que todos pudieran oír lo que es eso: empieza uno, le contesta otro, hasta que se oyen todos juntos, abarcando toda la ciudad.

Sábado 7 de octubre

Pienso en mamá, sin dejar de ir a la terraza. Nos levantamos a las cinco de la mañana para estar listas a las siete y diez en la Puerta de Los Leones y encontrarnos con el padre Sabia. Mientras esperábamos vimos un rebaño de ovejas a la par de la muralla. ¡Qué lindas! Ahí sí tienen qué comer.

El padre Sabia viene con el microbús. Ya conocemos al chofer: un señor mayor, árabe, muy callado. Claro, si no tiene con quién hablar árabe.

El día está dedicado a visitar lugares en Jerusalén. Señor, yo sé que tú tienes maravillas para mí en este hermoso día. Sé que será un día riquísimo.

El tema: "Mirada sobre Jerusalén".

Nos fuimos al monte Scopus a contemplar Jerusalén. Con qué ganas cantamos el salmo 121. Contemplamos las murallas. El conjunto de casitas, numerosas, pegaditas las unas a las otras. Solo aquí se ve esto. Luego le dimos la vuelta a la

ciudad para admirarla por sus cuatro costados, sur, este, oeste, norte. Cada lado tiene lo suyo.

Luego fuimos a conocer Ratisbona. Es muy lindo, como todo lo de Sión, y enorme. Rapidito, como siempre, el padre Sabia se puso a chorrear el delicioso cafecito, y nos ofreció pancitos y cuanto había. Un café muy succulento. Muy lindo el gesto. El padre Sabia es muy cariñoso.

Regresamos de nuevo al Monte de los Olivos y tuvimos una explicación más profunda sobre Jerusalén, tomando en cuenta la mirada de Abraham sobre la ciudad en su primera peregrinación a Tierra Santa. Ahí nos dejó el taxi.

Visitamos nuevamente la Iglesia de la Ascensión. Fuimos también de nuevo a la Iglesia del Padrenuestro. Luego almorzamos mirando Jerusalén. Bajamos después a la Iglesia Domminus Flevit, pero no estaba abierta. ¡Qué lástima!

De ahí pasamos al terreno de Sión, que es un campo ecuménico, a celebrar la Eucaristía. Como era 7 de octubre, el padre Sabia puso muchas intenciones, entre ellas por mamá, la mamá de sor Argentina, la hermana de sor Virginia. Y como siempre, lo más lindo fue la Eucaristía en aquel ambiente de unidad, bien cerquita una de la otra, en aquel panorama frente a Jerusalén. La motivación, lo contemplado y visto.

Estábamos en lo mejor cuando comenzaron a llegar unas niñas árabes a coger olivas. Ahí hay muchos árboles. Pero justo antes de comulgar, con las hostias en la patena, se acercaron esas niñas y se metieron entre nosotras. El padre nos hizo señas de que hiciéramos como si nada. Pero no fue posible. Se subieron casi sobre el altar. ¡Qué congoja! Consumimos las hostias y allí terminó todo. A esas niñas les faltaban ojos. Luego empezaron a pedirnos dólares. No había manera de quitárselas de encima. Entonces cogimos nuestras cosas y salimos casi corriendo. ¡Qué lástima! El lugar es muy lindo. Bajamos por una calle tan empinada que una casi no se podía sostener. ¡Qué costos! Pero bajamos.

De nuevo visitamos la Iglesia de Getsemaní. Se cree que Jesús iba a menudo ahí, lo mismo que al Monte de los Olivos. Era el lugar preferido por él. Admiramos los troncos viejos de los olivos, la piedra, que impresiona mucho, y luego la gruta que se cree que era un lugar preferido por Jesús para orar. Desde ahí se ve muy cerca Jerusalén, igual que la Puerta de los Leones, que ya es mi amiga. Por ella entré la primera vez a Jerusalén y he entrado muchas veces más.

Nos fuimos a pie, despacito, admirándolo todo. ¡Qué bendición! A las cinco de la tarde de nuevo en Sión, en nuestra casa del Ecce Homo. Tiempo para ir a la terraza y a ver las noticias, que son en francés. A las seis, Vísperas. Me encanta ir. A esa hora casi siempre hay misa en inglés. Como es sábado, tienen la misa cantada en la basílica y llega una novicia con su guitarra. Asiste mucha gente. Nos asomamos por la ventana de la capillita de arriba.

Cenamos arriba a las siete y media. El padre Sabia estuvo con nosotras. Las mesas muy bien adornadas con servilletas de dos colores, plegadas como abanicos. Se veían muy bonitas. La comida mejor que los otros días, riquísima. No hay liturgia ni encendido de velas.

Domingo 8 de octubre

Tempranito, arriba. Claro, a la terraza, ya no puedo estar sin ella. ¡Qué lindo! Está fresquito. Un espléndido amanecer. El ambiente está muy calmo, los árabes están en huelga. No abren las ventas. Hay poca gente en la calle. Solo una que otra venta de verduras como cebollas, calabacitos blancuzcos y chiquititos, manzanas, berenjenas.

Salida de la casa a las siete y media con el padre Sabia, rumbo a la Iglesia del Santo Sepulcro. La mañana un poco fría, de lo más rico. Me siento como en mi casa.

El tema de hoy es la presencia de Dios entre nosotros, punto muy importante en nuestra vida y como religiosas de Sión.

Tuvimos la misa en la capilla de los franciscanos que queda a un lado en la iglesia. El lugar es un mejunje: una parte es de los armenios, otra de los coptos y otra de los franciscanos, que es la parte católica. Cada cual hace su liturgia aparte, según su rito. La iglesia católica es de pura piedra. Las puertas son grandes, de hierro. Para abrirlas y cerrarlas hay que dar toda la fuerza. Lo digo porque el barullo de afuera con los diferentes ritos era tal que tuvimos que cerrarla para poder oír. Se tiene la sensación de estar encerrada, no hay una gota de aire. Me siento pulga bajo esas moles de piedra.

Nuestra Eucaristía, como siempre, con aquel tinte especial que cada una le da. Ahí revivimos la muerte, crucifixión y sepultura de Jesús, en el mismo lugar donde ocurrió. Me siento sobrecogida, golpeada por el amor tan grande del Señor por mí, por nosotros.

Seguimos nuestro camino hacia la explanada del Templo. Atravesamos Jerusalén y llegamos al Muro. El padre Sabia, como siempre, con su explicación especial, nos mostró una nueva excavación que hicieron en la parte de atrás del Templo y descubrieron unas lozas de piedra iguales a las que uno ve y puede tocar en Sión. Pero nos decía él que esas que descubrieron ahora son muy lindas y más finas. Una preciosidad. Las admiramos durante un buen rato. Las excavaciones no se han podido continuar porque los árabes no dejan.

Visitamos las dos mezquitas: la de La Roca y la de El Aksa. Esta última, según nos dice el padre Sabia, es muy importante para el mundo árabe musulmán. Es como su catedral. Muy grande, con columnas de mármol. Tiene una gran cúpula que por dentro es negra. Las paredes son de un celeste grisáceo. Es oscura y luce sombría y triste. Una que otra persona estaba rezando. El día de oración de ellos es el viernes. No hay asientos, se sientan en el suelo para rezar, muy recogidos, mirando siempre hacia el mismo lado. El suelo está todo cubierto de alfombras, llenas de pedazos, lo que da mal aspecto. Para entrar hay que quitarse los

zapatos y dejarlos afuera. Los que explican no pueden sacar papeles, es prohibido. Cuando hablan parece que están furiosos.

La mezquita de La Roca o Dorada es otra cosa. Es una belleza, una de las siete maravillas del mundo, y con razón: tiene mucho oro, mármol y azulejos lindísimos. Ahí se encuentran todos los colores habidos y por haber. Por fuera y por dentro es redonda y la gran cúpula es dorada. Muy bien decorada, con mosaicos hechos con azulejos pequeñitos, calzados con gran gusto y una precisión que me dejó pasmada. Por dentro el piso está alfombrado de un rojo estampado, algo nunca visto. La simetría y precisión es lo que le da ese toque extraordinario. El centro de esta mezquita lo ocupa una enorme piedra, o mejor dicho una enorme roca, redonda y plana arriba como una mesa. Se dice que ahí era donde se sacrificaban los animales del Templo.

Se baja por una escalera, y allá abajo, en lo profundo, hay una gruta o cueva debajo de esa enormidad de piedra. Ahí sí que me sentí como una pulga. Se me escalofrió todo el cuerpo, sentí miedo, me sentí nada.

Este es el monte Moriá. En esa piedra es donde Abraham iba a sacrificar a su hijo Isaac.

Las dos mezquitas están construidas en lo que fue la explanada del Templo. La Dorada ocupa el lugar del templo de Salomón. ¡Qué misterio!

Para entrar pagamos seis shekels, o sea, tres dólares.

En la explanada sí había bastante gente. Las muchachas árabes son muy lindas y los hombres muy bien parecidos. Las mujeres musulmanas andan con la cabeza cubierta. Los niños se ven lindos, de pantalones de mezclilla desteñida y con su bulto. Las muchachas se ven lindas, usan el vestido largo de una pieza, un poco suelto, de telas lindas. Casi siempre el vestido es gris y el velo siempre es blanco. Los niños son muy bulliciosos y tremendos.

Luego pasamos nuevamente por el Muro. Había mucha gente. Una gran cantidad de judíos ortodoxos, con sus trajes negros, sus largas barbas, sus sombreros negros y sus curiosos colochos a los lados. Había también muchos jovencitos con colochos, y algunas señoras y jovencitas. Me llamó la atención ver que las señoras para abandonar el Muro lo hacen caminando hacia atrás, con la cabeza tapada. Su actitud invita a rezar.

Para regresar pasamos por unas calles muy estrechas y oscuras, casi túneles. Gran cantidad de ventas a los lados. Cuando aparece un carro o un burrito, lo que es muy común, vea usted dónde se mete. Los burritos son muy pequeños, mansos. El que los monta casi pega los pies al suelo.

Las calles son de piedra, un poco hundidas en el centro. Están lisas y brillan como si fueran de mármol. No hay aceras ni caños. Llueve muy poco. Todas las casas son de piedra, oscuras pero frescas. Nadie enciende luz artificial. Aprovechan la luz natural.

Hoy en el postre nos dieron una guayaba. ¡Qué delicia!

Por la tarde salimos de nuevo con el padre Sabia. Fuimos a conocer nuevas excavaciones que dejan ver la continuación del Muro. Como estuvieron cubiertas de tierra, las piedras están más conservadas. Son una belleza, enormes, finas y doraditas. En todo esto veo la presencia de Dios. Me siento tan feliz de conocer todo esto.

Lunes 9 de octubre

Es el gran día de Yom Kipur. ¡Qué bendición tener la dicha de pasarlo aquí!

Me levanto tempranito para tener tiempo de subir a la terraza, mi desayuno predilecto. Voy siempre que puedo y me empapo de la belleza del amanecer. Cada día el Señor me tiene algo nuevo.

El desayuno es arriba. El sobrino de Lucy nos espera siempre. Es muy fino, pero solo habla inglés. A ratos se ríe y la conversación es por señas.

Hoy lo pasaremos en Jerusalén, lugar del sacrificio de Jesús. El día está dedicado al vía crucis, preparado a la manera del padre Sabia. Todo el día estará dedicado a meditar el camino de la Pasión del Señor. Será un día de retiro para mí, con una meditación tan rica. Ir siguiendo al Señor, paso a paso. Por donde él caminó, dónde estuvo, qué le pasó. Ver, tocar, palpar...

A las siete de la mañana salimos con el padre Sabia rumbo al Cenáculo. Ahí tenemos la Eucaristía. Hay varias capillas. Nosotros fuimos a la que está en manos de los franciscanos, abajo, a nivel del jardín. Es una capilla pequeña. Estuvimos muy cerca del altar, con espíritu profundo sobre el tema del día. ¡Qué impresionante! El mismo camino que siguió Jesús, ese seguiremos nosotros. Jesús celebró su Pascua en el Cenáculo y después emprendió el camino de su pasión. Salimos del Cenáculo.

Jesús fue llevado al palacio de Caifás. Esa fue la primera estación, en las ruinas de la casa de Caifás. Esas ruinas están en el mismo barrio del Cenáculo. Luego fuimos a la Iglesia de San Pedro in Calicanto, donde Pedro negó a Jesús. Contemplamos las ruinas donde Cristo pasó la noche en la cárcel, algo tremendo. Ver la pintura que representa a Jesús y Pedro. Ver aquella mirada que llega hasta adentro. Me sentí mirada y sacudida por Jesús. Bajamos y pudimos ver unas fosas donde metían a los condenados. Estuvimos ahí contemplando aquello. Es húmedo, oscuro, encerrado, sin aire. De ahí nadie salía. Es impresionante. Están los ganchos donde colgaban al condenado para flagelarlo. Ahí estuvo Jesús y pasó por todo eso. En una pared de una de esas fosas se ven manchas de sangre.

Luego, como hoy es el día de Yom Kipur, pasamos por el barrio judío en silencio. Todo está cerrado. Se ven hombres que caminan hacia la sinagoga, con túnicas blancas, el talit y la kipá, con un recogimiento que invita a la oración. Se ven lindos con sus ornamentos.

Fuimos al Muro. La explanada estaba llena de visitantes. Muchos hombres, sumamente recogidos, soldados haciendo oración. Salimos de la explanada, y al pasar por el túnel vimos judíos revestidos con túnica, talit y kipá, acostados en las bancas que ahí se encuentran, dormidos o descansando. Es justo, ya que algunos esa noche no se acuestan rezando en el Muro, y el ayuno es rígido. Hay muchos soldados por todas partes, velando por los que rezan. Los árabes están en huelga y pueden hacer algo. Hacen mucha bulla.

Fuimos a la casa a almorzar y rapidito volvimos a salir para seguir nuestro vía crucis.

Nos fuimos a la Iglesia de Santa Ana: la condenación de Cristo. Luego la Iglesia de la Flagelación.

En Sión, la coronación de espinas. Ahí ya cogimos la Vía Dolorosa, con sus estaciones, hasta llegar a la Iglesia del Santo Sepulcro. Veintiséis estaciones. Es muy impresionante pasar la calle de la amargura tomando conciencia de lo que sucedió en esa calle. Fue un día muy cansado, pero muy rico.

Ya por la tarde, en casa, de nuevo a la terraza para reflexionar y revivir lo experimentado en ese día de pasión. ¡Qué maravilla vivirlo en la propia Jerusalén!

Martes 10 de octubre

Día libre, de descanso y de preparación, para salir mañana, si Dios quiere, rumbo al desierto.

Sor Amparo y yo salimos a las nueve a caminar y a buscar un icono donde las hermanas de San José, pero no las encontramos. Da gusto salir a Jerusalén. La huelga sigue. Todo está en calma. Fuimos a la Puerta de Damasco y pasamos al otro lado. Una buena caminata.

Después del almuerzo sor Marta se ofreció a llevarnos donde esas hermanas. ¡Qué fina! Pero no encontré el icono que buscaba. Luego nos llevó al Centro Bíblico de Jerusalén, el gran centro, el más grande y el más completo en sus estudios de todo el mundo. La Biblia de Jerusalén fue hecha aquí. El centro fue fundado por el padre Granja, muerto en 1938, que dejó al mundo un gran legado con los libros, descubrimientos y estudios.

El edificio es muy bello y grande, con jardines preciosos. Lo vimos por fuera, pero no por dentro por ser la hora del almuerzo. Sus estudios tienen fama mundial.

Compramos uvas y manzanas para el gran viaje de mañana al desierto. Marta nos compró higos maduros. Son una delicia. Yo tenía gran curiosidad de probarlos y me di el gusto.

A las dos de la tarde fuimos a conocer la casa con Jeane Bernardette. Qué inmensidad, como todo en Sión. Alojan a gran cantidad de peregrinos. Siempre está llena: un grupo se va y otro viene. Adivino la gran organización que deben tener y la unión de la comunidad para poder, entre todas, dar abasto y tener la casa tan linda como la tienen. Son incansables para el trabajo. Y todas son mayores, pero con mucha energía, siempre alegres y atentas para servir, muy acogedoras. Me siento como en mi casa. Tienen una parte de la casa bien equipada para recibir a jóvenes sin recursos. Todo me llama la atención. La casa es linda, muchas terrazas, jardines, con un panorama excelente de Jerusalén.

Hoy tuvimos la misa a las seis de la tarde en la casa. Iba a ser toda en inglés, pero el padre dijo: "Las hermanas de Costa Rica están aquí. Yo no hablo español, pero si hay una Biblia en español, la primera lectura será en español". ¡Qué fineza de padre! El Evangelio lo entendí. Me gustó la experiencia de participar en una Eucaristía en otro idioma.

Llegamos a la comunidad. Sor Joaquim nos tenía una revista de regalo y sor Miriam nos había puesto en el comedor tamaño paquete a cada una. ¡Qué regalazo!

La comida fue muy alegre y riquísima: chompipe. Claro, es la despedida, pues es la última comida en Ecce Homo. Esta es la última noche que pasaremos aquí. ¡Qué triste! Adiós terrazas. Pasé lindos momentos. ¡Cómo el Señor es bueno y en cada momento nos hace sentir su amor!

Sor Marta nos dice que nos tiene listo el almuerzo para salir tempranito hacia el desierto. ¡Qué delicadeza la del Señor y la de las hermanas!

Las Hermanas de Ecce Homo en este año 1989 son:

S. Joaquim, encargada

S. Tereselda, sacristana

S. Miriam, guía del Litóstrothos

S. Jeane Bernardette, guía del Litóstrothos

S. Véronique, rumana, hace de todo

S. Marta, es la organizadora de la peregrinación

S. Clemente, lavandería

¡Qué recuerdo de todas! No las olvido. ¡Buenas noches, adiós Jerusalén!

Esta noche dejamos las valijas en un cuarto que nos prestaron, pues necesitan los cuartos para los peregrinos o estudiantes. Así que todo está listo para el viaje. Adiós y muchas gracias. ¡Qué linda es la vida con todas sus bellezas y delicadezas!

Miércoles 11 de octubre

Tempranito, arriba los corazones. Recoger todo, desayunar y estar listas.

A las siete en punto estamos en la puerta, listas para salir. Sor Marta está con nosotras y también Fakry, el chofer, con su túnica. Él ve que no falte nada, la hielera para llevar refrescos. ¡Qué fineza!

Llega el microbús. Ya conocemos al chofer, el mismo señor del otro día.

Salimos. Nos espera un largo viaje. Se empieza a ver todo tan seco como cuando uno va en verano a Puntarenas. Pero, ¡qué maravilla! Cómo la tenacidad y la unión hacen la fuerza. Empezamos a ver los "kibutsim". Una maravilla, cómo de aquella sequedad salen cosas tan lindas: naranjales preciosos, cargaditos de naranjitas. Los árboles son pequeños y muy coposos. Hay muchos algodones. Las plantas son pequeñas, como de medio metro, pero bien cargaditas de copos. Los campos lucen blancos. La cosecha la hacen rapidito, con una máquina enorme. Se ven los grandes camiones cargados de algodón. Claro, hay reguero por el camino.

Por fin entramos en pleno desierto. El sol se puso más caliente. Estoy maravillada de mí misma. Vengo al lado del chofer, llevando sol a lo lindo desde que salimos de Jerusalén. Para lo inútil que soy para el sol y el miedo que tenía, me siento de lo más bien, ni cansada ni quemada. ¡Qué maravilla!

Estamos cerca del mar. Nos daremos una bañadita. Es el mar Mediterráneo. Una playa preciosa, la arena doradita, el agua clarísima. Hay muchas conchas. Ya tengo unas cuantas que se irán conmigo (¡qué raro!). Bueno, disfrutamos de lo lindo. La propiedad es de un restaurante, pero como es tan temprano, nadie está por ahí. Hay muy buenos chorros para quitarse la sal y nos cambiamos en los servicios. En una de las mesas me encontré un bolígrafo, celeste y blanco, escrito en hebreo. Me lo llevaré de recuerdo.

Rapidito seguimos el camino. No se puede perder tiempo.

En pleno desierto se encuentra un pozo que ahora no tiene agua. Este pozo es milenario. Se dice que es el pozo que Abraham construyó. Dejamos el carro y caminamos un poco para ir a verlo. Está muy bien conservado. Es grandecito y muy profundo. Tiene un cercado de alambre alrededor. Me llamó la atención una cantidad de pájaros chiquitos, cuijencitos en blanco, muy bulliciosos. Me di cuenta de que ahí se albergan y se defienden del sol. De seguro ahí duermen también,

pues estaba muy sucio por adentro. Cerca había como un restaurante, pero no estaba funcionando. Parecía que lo estaban arreglando para una fiesta, con flores muy lindas.

Aquí tuvo lugar nuestra Eucaristía de hoy. El borde del pozo sirvió de altar. Hay un sol abrasador, pero como siempre, hay un sello y un móvil especial para cada Eucaristía. Es muy lindo.

Fuimos después a la tumba de David Ben Gurión, fundador de Israel. Cuando terminó su vida pública y política, este gran visionario se fue a vivir al desierto, en un kibutz que él fundó. Llama la atención ver ese oasis. Su esposa murió antes que él. Las dos tumbas están una al lado de la otra. El lugar es una belleza, con unos jardines lindísimos y muchos árboles. Se acostumbra que, cuando se está cerca de una tumba, se le pone una piedrecilla. Así que tiene muchas.

Desde ahí hay una vista lindísima del desierto. Yo me quedé con la boca abierta de ver aquella belleza: un abismo muy profundo, un valle, unas cordilleras... Algo maravilloso. ¡Qué paz, qué luz, qué colores! ¡Bendito sea Dios!

Se puede visitar la casa de Ben Gurión. Es pequeña y sencilla. La biblioteca ocupa gran parte de la vivienda. Están los libros, el cuarto, la cama, los muebles, su sombrero y algunas cosas. Impresiona ver esto.

David Ben Gurión quiso darse al desierto en este campo. Hay un gran edificio y es una universidad. Como este parque está en alto, se disfruta de un panorama bello. Son verdaderas cordilleras las que se divisan, pero aquí son de pura piedra. Lo que el Señor hace. ¡Qué maravilla!

En una venta al lado venden refrescos y otras cosas. Hay mesas y bancas. Aprovechamos para comernos el almuerzo que nos preparó sor Marta: pepinos, tomate, pan con queso. Hace un calor que quita el hambre. Los refrescos son muy ricos.

Hay algo que me llegó muy hondo al corazón. Es ver a los beduinos vivir en el desierto. Cómo viven, cómo aguantan la dureza y esa sequedad del desierto.

Si aguantan es por amor al desierto, lo aman, es su casa, su tierra, por costumbre, por tradición. Sus padres, sus antepasados lo hicieron así, esta es su escuela, así fueron educados. ¿Cómo? No sé. Dios sí lo sabe. Lo que una vez es un medio rancho, una galera tapada con unas mantas. Ahí viven como todo el mundo. Los niños van a la escuela. Ahí dentro tienen la burrita, las cabras, las ovejas, el carro... El rebaño todo está allí cerca.

Las beduinas hacen unos trabajos bordados muy finos y lindos. Tarjetitas muy lindas. Vasos, cuadritos, retablos, cosas tejidas, cosas muy lindas hechas con esmero. Me quedé admirada, boquiabierta. Pienso que en todo eso que hacen expresan su felicidad, el amor que le tienen a la vida, al desierto. Pero me queda una inquietud: si la venta de souvenirs es algo lindo, ¿por qué todo tan caro? Yo no pude comprar nada. Una señora le regaló al padre Savia un marcador hecho con yute, muy sencillo pero muy lindo. El me lo regaló y yo más que feliz de traerlo a Costa Rica. Un recuerdo que estimo mucho.

Esta mañana pasamos a Bersheva, la capital del Neguev. Es muy linda, tiene edificios preciosos y un mercado muy especial donde venden camellos y muchos otros animales.

Seguimos camino a Avdat, ciudad nabatea. Ese pueblo nómada y caravanero que desde el cuarto siglo antes de Cristo hacía el comercio de especias, piedras preciosas y otros productos desde Arabia hacia puertos del Mediterráneo. Visitamos las ruinas de esa maravillosa ciudad nabatea y luego continuamos nuestro camino hacia Miztpe Ramon, donde terminaremos el día contemplando el gigantesco Maklesh Ramon, fenómeno arqueológico peculiar del Neguev. Ya es el atardecer, momento apropiado para contemplar ese fenómeno.

El padre Savia nos explica que ahí sucede algo difícil de entender. Justo en este lugar, frente a nosotras, sucede algo importantísimo: unas aguas corren al este y

otras hacia el oeste. Después de esa explicación, nos dedicamos a contemplar la maravilla que el Señor nos regala en este momento. Un panorama del desierto algo lindísimo: un abismo enorme, un valle, unas cordilleras, unos picos, una lejanía, un silencio. Me siento embebida. Todo esto está siendo bañado por los rayos del sol de un atardecer nunca visto. Disfruté mucho.

En un alto está el edificio del museo. No podemos ir, pues ya es tarde y está cerrado. Tiene una gradería muy grande para subir. También tienen una cría de renos. Son mansos, pero tienen unos cachos que asustan.

Ya es hora de llegar al albergue Arsaniat Noan, donde pasaremos la noche. Nos recibieron muy bien. El señor habla muy bien el francés. El lugar es lindo, con una sala muy amplia, con asientos de oficina. Nos llevaron al cuarto con tres camarotes y espacio solo para moverse. Tiene un baño.

Fuimos a lavar la ropa sucia y mojada que traíamos, pues nos habíamos bañado en el mar. ¡Qué ricura lavar! En un momento ya estaba seca. Claro, con el calorcito de ahí, ¡increíble!

Luego fuimos al pueblo. Muy lindo. Encontramos un supermercado y compramos cosas para el almuerzo de mañana: yogurt, refrescos, queso, una carne, tomates. Nos prestaron el congelador y pusimos agua para hacer hielo y ponerlo en la hielera.

A la hora de la cena fuimos al comedor, muy grande y con poca gente. La comida riquísima. Claro, nos supo riquísima después de un día tan lleno, la gran caminata, el calorcito. Una comida calientita y en casa, ¡qué rico! Además había manzanas, peras, toronjas. Una delicia. Me sentí muy bien en ese nuevo ambiente.

Bien sentada, con buena luz y el aire de un abanico. Me doy cuatro gustos escribiendo mis impresiones del día. ¡

Salimos a contemplar la noche. Está clarísima, pero no hay luna.

Ya tengo ganas de ir a la cama. No sé qué noche pasaremos en aquel cuarto, casi sin aire y tan juntas.

Jueves 12 de octubre

Tempranito, arriba. Claro, somos seis personas y un solo baño. Soy la primera en bañarme y mientras la segunda está en el baño aprovecho para vestirme en la sala de baño.

La noche fue bastante buena. A mí me vence el sueño.

Me fui a caminar y pude ver bien el amanecer: único, un esplendor. El sol se fue levantando de una manera tan linda, despacio, despacio. ¡Qué colores, qué luz! Todo se iba iluminando y yo podía apreciar aquella belleza: profundidades enormes, lomas, lomitas, cordilleras, unos caminitos... Me quedé embebida un rato. Cuando ya el sol lo cubría todo, me vine al albergue exclamando de corazón: "Señor, qué bien se está aquí, gracias por tu amor".

María y yo quisimos subir al museo, pero allá arriba el reno, con sus grande cachos, impávido, nos hizo devolvernó rapidito.

Desayunamos muy rico: tomate y pepino. Como siempre, en Israel es lo típico en el desayuno. Refresca mucho.

A las siete estamos listas para salir rumbo al corazón del desierto. Nuestro destino es Jerusalén.

Oh sí, el desierto. Siento que lo amo mucho. Cómo me encanta mirarte, contemplarte, escuchar tu silencio, admirar cada uno de tus detalles, esos adornos que el Señor ha puesto en ti, esos colores, tu grandeza, tu profundidad, tu paz, tu riqueza, tu armonía sin igual. Dios se recrea en ti. Vamos caminando solo ojos para no dejar pasar ninguna de las maravillas que hay en ti.

Soy muy privilegiada: siempre me dejan el lugar al lado del chofer. Ahí voy feliz, pues puedo estirar mis piernas y tengo buen aire. Voy muy bien.

Contemplamos otro fenómeno muy curioso: toda una cordillera que llaman "las dentaduras". De verdad que tiene forma de dentadura. Tomamos una foto.

Estamos en una parte muy linda donde hay un monumento: el Maktesh Hagada (el monumento encadenado).

Tiene una vista preciosa, siempre de la belleza del desierto. Ahí tomamos otra foto. Empezamos a bajar, según la vista que tenemos por delante. El tema de hoy es: "De las profundidades del mar Muerto a las alturas de Jerusalén". El centro de este día va a ser el desierto de Judá, que se encuentra entre el mar Muerto y Jerusalén. Lugar de contemplación y de lucha contra el mal y búsqueda del bien.

En dirección al mar Muerto hacemos nuestra oración de la mañana basada en la oración del Pueblo de Dios en su marcha: "Desde lo más profundo grito a Ti, Señor".

Seguimos hacia el mar Muerto. Ahí hablamos sobre los pueblos de esta región, especialmente en su relación con Abraham, que el Génesis hace padre de todos los pueblos de la tierra.

Sodoma y Gomorra. Meditamos sobre los fenómenos que la Biblia nos dice que sucedieron ahí. Hacemos nuestra la oración de intercesión de Abraham (Gen. 18, 16-33).

Llegamos a Mazada. Contemplamos esta obra gigantesca. Es un monumento formidable, una maravilla. Cómo el hombre, con su gran inteligencia es capaz de realizar algo tan grande y tan perfecto. Hay una gran instalación desde donde sube el funicular, una especie de cajón o carrito que sube por un cable, con alrededor de veinte personas por viaje. A mí se me paró el pelo. La gente, feliz. Llega hasta arriba a una especie de plataforma en lo que fue la gran fortaleza de Mazada. Visitamos las ruinas y meditamos sobre el suicidio colectivo de los

Zelotes. El padre Sabia nos hizo ver lo que fue este acontecimiento, la lucha tan grande de esas familias. ¡Lástima que se quitaron la vida antes que entregarse! Solo Dios sabe. Yo me sentí sobrecogida. Me dio tristeza.

Al bajar del funicular, llegamos a un lugar donde hay venta de café y ventas de todo, tarjetas, recuerdos, etc. Claro, el padre Sabia y las hermanas no perdonan el café. Yo me comí las papas que traía de Roma. Mucho turista y mucha demanda para subir en el funicular.

Seguimos rumbo al mar Muerto. Ya lo empezamos a ver, es una belleza, luce de un celeste precioso, lleno como de esculturas blanquísimas que se forman con la sal. Como para quedarse estacionada. Nos cuenta el padre Sabia que, en este momento, una franja seca lo divide en dos partes. Los judíos tienen aquí una enorme fábrica de sal. Se ven verdaderas montañas del producto, tan blancas que llaman la atención. Son grandes patios donde la secan.

Hay en la playa un pueblito, tal vez un kibutz, con un restaurante y vestidores, todo muy limpio. Mucha agua dulce para quitarse la sal. Cada una de las duchas tiene cuatro chorros. Se jala una cadena y sale un gran chorro. Luego se desconecta solo. Vinimos listas, así que, ¡al agua! Como es la segunda vez que me meto, ya no tengo miedo a pesar de mi tiesura. Se mueve mucho: olitas pequeñas pero que lo empujan a uno para todo lado.

Aquí no es profundo, solo como un metro, y el agua es clarísima. No dan ganas de salir. Su sabor es de un salado tan fuerte que se hace amargo. El fondo luce muy lindo con manchas blancas. Nos tomamos una foto con María adentro. Cogí algunas piedras. Salí del agua dejando mis males dentro. Viene lo mejor: quitarse la sal con aquellos chorros tan ricos. ¡Bendito sea Dios! Aquí almorzamos las cosas ricas que compramos y rapidito seguimos el camino.

En una gran roca hay una figura, como estatua, que la gente llama la estatua de sal: la mujer de Lot. Llama la atención esta figura y otra más pequeña que dicen que es la de su hija, que vino a buscarla. El padre Sabia leyó el pasaje de la

oración de intercesión de Abraham a favor de Sodoma y Gomorra. Los judíos se preguntan por qué Abraham no llegó hasta el fin y se quedó en diez. Es por eso que la oración judía no la hacen si no hay diez personas, por respeto a Abraham.

Un pensamiento del padre Sabia: "El mar Muerto siempre tiene agua porque recibe la del lago de Tiberíades. Pero él (el mar Muerto) no le da agua a nadie. El que recibe y no da se muere". Aquí toda el agua se consume, se vuelve sal. Se ven unas grandes instalaciones de canales y tubos, por donde es llevada el agua a la gran fábrica de sal. Llama la atención la división o franja que divide el mar en dos. ¡Qué misterioso este mar! Le digo adiós, pero lo llevo en mi corazón, así como su misterio y su belleza.

Continuamos nuestro camino. La tarde será dedicada al desierto de Judá, como símbolo de contemplación y lucha contra el mal. Ein Gadi es ya el comienzo de ese desierto. Aquí tenemos dos lecturas: el Cantar de los Cantares 1, 12-15, como jardín del encuentro de los amantes, y Samuel 24, que habla de la lucha entre Saúl y David.

Pasamos al lado de Qumram, tenemos un resumen de los elementos particulares de la espiritualidad de los Esenios en el desierto de Judá: fidelidad a la Ley, purificación, conversión y esperanzas mesiánicas.

Pasamos al lado de Betania, donde Juan Bautista bautizó a Jesús.

Subimos a las montañas de las tentaciones para reflexionar sobre la lucha de Jesús contra el mal (Mt. 4, 1-11).

Tomaremos el camino antiguo del valle Quelt, para visitar el Monasterio San Jorge de Kosiba. Lo construyeron en una roca. ¡Qué curioso!: no está asentado en una roca, sino que la roca es la casa. Viven dentro de la roca. Lo que uno ve es la fachada bien hecha, unas torres, la gran puerta de entrada, una explanada enfrente. Lo que se ve da la impresión de algo lindo, un gran monasterio, pero su cuerpo está dentro de la roca.

Nos faltaba muy poco para llegar cuando nos dimos cuenta de que estaba cerrado. Contemplamos aquella belleza, unas rocas altísimas, el río, la gente que llegó hasta allá y no pudo entrar. Pero valió bien la pena la gran caminata, la bajada... Solo llegamos abajo el padre Sabia, Amparo y yo. Vuelta otra vez para arriba, sube y sube. Llegué sin aliento. Lástima no haber podido conocer esta maravilla. Pero yo iba con recelo de entrar en lo profundo de aquella roca.

Se juntaron varios niños. Querían darnos la mano para pedirnos dólares. Pero ninguna quiso dejarse ayudar. ¡Pobres!, dan lástima. Seguimos nuestro camino. Dimos una vuelta y pudimos contemplar y admirar el monasterio. ¡Muy lindo! El agua le llega como por un caño que va por la roca. Los monjes eran ermitaños, estudiosos, por eso vivían en el desierto, en contemplación. ¡Una maravilla! Solo porque lo vi lo creo.

Siempre subiendo, llegamos a un lugar donde había una capilla. Es el lugar que el padre Sabia tenía escogido para celebrar la Eucaristía. Ahí cerca había un beduino con su tienda y su camello, listo para quien quisiera montarlo. María se montó. Una foto. Dimos una gran gozada: "¡María brava!"

En la tienda había una cafetera de bronce, puesta al fuego con café. El chofer, feliz, entró, se sentó y a tomar cafecito. Nos ofrecieron, pero solo el padre Sabia tomó. No pudimos entrar a la capilla pues no apareció la llave. Pagamos dólares para que la fueran a buscar, pero no apareció.

Estamos "Junto a las fuentes de David, sacerdote y profeta de la Tribu de Judá", lugar donde nace el movimiento mesiánico que caracteriza la espiritualidad del desierto de Judá. A la par de la capilla hay un parquecito que tiene una cerca. En el centro hay un pozo, bien hecho pero sin agua. A un lado celebramos la Eucaristía, en el suelo. Fue algo tan lindo. Siempre recogía la riqueza del día, de modo que fue en acción de gracias por la peregrinación de dos días en el desierto. Nos despedíamos así del padre Sabia y del desierto.

La riqueza de la experiencia en el desierto fue muy linda, muy íntima. Yo expresé lo que había sido el padre Sabia para mí: más que un papá bueno. La Eucaristía la tuvimos mirando hacia Jerusalén, y hacia allá vamos.

Continuamos con nuevas fuerzas, tomadas en el banquete eucarístico en pleno desierto de Judá, en el valle del "Buen Samaritano", siempre con la mirada puesta en Jerusalén.

De nuevo en Jerusalén. Pasamos al Ecce Homo a recoger las valijas. ¡Qué triste dejar Jerusalén! Vamos para Ein Karem. Son las tres y media de la tarde.

Por otra parte, qué alegría ir a Ein Karem, estar con Vicky, conocer otra casa de Sión, otra comunidad, en un lugar de tantos recuerdos, nuestro tesoro mariano, tan querido y amado por el padre Marie. La Visita de María a su prima Isabel. Rinconcito amado.

¿Dónde quedará Ein Karem? ¡Sorpresa! Llegamos rapidito, estamos frente a una gran puerta. Esta se abre y, ¡qué emoción!, saludos y alboroto. El padre Sabia está con nosotras. El chofer pregunta por Lucy, se conocen. Llega Vicky, alboroto y medio. ¡Qué alegría llegar a esta bendita casa! Una gran acogida, las hermanas son muy simpáticas. Ya Vicky nos había anunciado que nos recibirían de una manera espléndida.

La casa es muy grande. Gran parte de ella está rodeada por una muralla alta y fuerte, con sus torreones, semejante a la muralla de Jerusalén. Como se construyó bajo la dirección del padre Marie, no podía faltar ese detalle. Parte de la propiedad está fuera de la muralla, como en una colina. Hacia el norte y abajo se observa el valle. Al oeste, en una colina más alta, está el Hospital Hadaza, majestuoso. En el techo, en una parte muy visible, tiene una enorme "menorá" de color negro. Cada vez que la miro recuerdo los dos cipresitos que sembramos en el bosque.

Al este se ve un pueblito que, de noche, parece un portal. Al norte se observa algo que, según dice Vicky, es la tumba de Samuel. Al sur está Belén, pero no se

ve porque queda muy lejos. Jerusalén queda detrás de otra colina. No se ve desde aquí. Se divisan muchos caminos, algunos de los cuales llevan a Jerusalén. Me faltan ojos y tiempo para contemplar.

Nos llevaron a los cuartos, en el segundo piso. Estoy en un cuarto de cuatro camas con sor Argentina. Nuestro cuarto tiene una vista muy linda. Sobre el pueblito y entre árboles, una iglesia, nada menos que la Visitación, cerquita.

Ya es la hora de la cena. El comedor está arreglado precioso, una comida que, ayúdenme a decir, iriquísima! El postre fue una sorpresa artística. Lo trae Lucy: una dulcera para cada una con una crema muy rica. Cada una tenía un abanico de diferente color. ¡Qué lindura! ¡Qué bullón hicimos!

Cada lavada de trastos era una fiesta, un escándalo, contando cosas de Costa Rica. ¡Qué rico estar en casa después de dos días fuera! Esa noche caí como un plátano.

Viernes 13 de octubre

Tenemos que estar listas a las siete para ir a la misa de las siete y cuarto en la Iglesia de San Juan Bautista. Queda muy cerca. Salimos por la gran puerta, caminamos un poco, cruzamos una calle, pasamos unos recovecos, subimos un poco y ya estábamos en la iglesia. La tienen los franciscanos. Es muy linda, oscura (aquí no se encienden las luces). Bajamos unas gradas para ir a la cripta. Tendremos la Eucaristía en la gruta donde nació Juan Bautista.

La gruta es pequeña y tiene algunos asientos alrededor del altar. Las personas que no alcanzan asiento se sientan en las gradas. Así es que, bien juntas y muy cerca del altar, tenemos la Eucaristía, que fue celebrada en hebreo. Una nueva experiencia. Terminada la misa, el sacerdote nos lleva por la iglesia y la sacristía y nos explica que en el altar mayor tienen a la Virgen María, porque según dicen, si María se quedó tres meses con su prima, su casa es esta.

De regreso a casa para desayunar. A las ocho y media sor Marta, hermana de Sión de Argentina y de la comunidad de Ratisbona, nos llevará a Jerusalén, al barrio judío de los ortodoxos (meacherim).

Es un barrio muy lindo, con establecimientos muy finos. Hay un mercado enorme, con toda clase de verduras y frutas. También un supermercado enorme. Algunas compraron. Yo, nada. Caminamos por el barrio mirando vitrinas preciosas. Mucha gente. Como es viernes, todo el mundo compra rápido. En una calle hay sodas y ponen las mesas en la calle, bajo los árboles, donde vimos mucha gente comiendo. Una soda de lujo tenía una cabaña adornada muy linda. Luego una calle destinada a las ventas de cosas para las cabañas de Sukot: hojas de palma sin abrirse, ramitas de olivo, eucalipto, ciprés y otras ramitas.

Fue emocionante ver a hombres examinando las ramitas con gran cuidado y minuciosidad. Tienen que ser ramitas perfectas, pues son para alabar al Señor. Las meten en un estuche plástico, con mucho cuidado. Los limoncitos están como en unas canastitas de espuma, muy delicadas. La espuma es de color pastel, verdecito o rosadito. En ese estuche no se maltratan. Los que compran son solamente los hombres. Así que disfruté montones de la preparación de la fiesta de Sukot. Todos muy afanados por llevar lo mejor, lo perfecto, para Dios.

Marta nos cuenta que, como es viernes, a las tres de la tarde todas estas sodas y tiendas tienen que tener todo en orden y muy limpio. Todo se cierra como si ahí no hubiera habido nada, hasta el sábado en la noche y el domingo.

Fuimos a una soda a almorzar. Cada una escogía el menú que deseaba. Subimos al segundo piso, donde nos atendieron muy bien.

Me llamó la atención que todo el mundo andaba muy tranquilo y feliz.

De regreso, en el bus, los señores con las palmas en su estuche, con gran cuidado. Todos con sus levas, sombreros, todo negro, y sus colochos que los distinguen.

Fue una mañana única, muy linda, de gran riqueza, una experiencia muy buena. Había gran cantidad de flores muy lindas.

Regresamos solas a la casa. Marta nos dejó en el bus que nos lleva hasta la terminal y de ahí a la casa que está muy cerca, solo que hay mucho recoveco. En una casa tienen una linda "succa" (cabaña) que nos servía de referencia y llegamos muy bien. ¡Felicitaciones!

Por la tarde Vicky nos llevó a conocer la propiedad. Es muy grande. Muchos árboles frutales, muchas flores, narcisos muy lindos. Los colores ahí son muy vivos. Las plantas de granada son una belleza; están cargaditas de enormes granadas rojas, que dan gusto, ¡hasta que se abren!, son una delicia. Los naranjos son pequeños, cargaditos de enormes naranjas verdes. Las uvas están pasando, pero son riquísimas. Unos enormes ayotes, pero no se los comen.

Nos encontramos con la hermana contemplativa que trabaja en la huerta. ¡Qué emoción! Es muy cariñosa y alegre. Fue un encuentro lindo.

Desde aquí se puede ver la Iglesia de la Visitación y también el Hospital Hadaza, más arriba. ¡Qué cerca! Donde estuvimos con Hugo. Continuamos y llegamos, nada menos que a la tumba del padre María. ¡Qué emoción! Me siento sobrecogida. ¡Qué paz! Rezamos, cantamos, le di gracias, le pedí su bendición, quería quedarme ahí. La tumba es muy sencilla, pero guarda un gran tesoro. Es un pequeño cementerio de Sión. ¡Bendito Dios!

Seguimos conociendo. Hay una casa grande donde se alojan los huéspedes. ¡Qué gran sorpresa! A un lado de la comunidad está la casa de las contemplativas. ¡Qué emoción! Todo es paz.

Ya terminada la visita, Amparo y yo nos fuimos a la cocina para hacerle tortillas a Vicky. ¡Qué fiestón! Vicky se dio cuatro gustos. Tortilla que medio estaba, tortilla que desaparecía. Las primeras fueron para las contemplativas. Vicky las quiere mucho.

La cocina es muy grande, de gas. Algunas veces vienen muchos peregrinos a almorzar.

A la hora de lavar los trastos siempre hacemos un gran bullón. Son unas lavadas de trastos que no terminan.

Las hermanas de la comunidad son Andreína, Pascalina, Lucy (provincial), Ibolia y Coni.

En muchas casas están haciendo "succas" o cabañas lindísimas. Ya la de aquí está terminada, es muy linda. Lo curioso es que fue hecha por los señores que trabajan aquí y son árabes. Cabaña judía hecha por árabes. La adornaron muy linda: tiene racimos de dátiles verdes y granadas. Es una belleza.

La ropa la lavamos en el lavatorio y la tendemos en unos aparatitos en la terraza. Se tiende por la noche y amanece seca.

Sábado 14 de octubre

A las nueve de la mañana salimos con Vicky a conocer Ein Karem. Es una belleza, como un sueño, como ver un portal. Las casas están metidas entre los árboles. Se sube un poco y se llega hasta la iglesia. Me parece un sueño pisar el mismo suelo que pisó María. La iglesia es grande, tiene una explanada al frente, y a un lado una sala grande donde venden muchos objetos religiosos. Yo compré unas tarjetas, entre ellas una que tiene el magnificat. Hay una gruta que fue en donde, según dicen, se escondió santa Isabel con el Niño durante la matanza de los inocentes. Ahí está la historia de lo que fue ese acontecimiento.

Se suben unas gradas y se llega a la parte de arriba de la iglesia, que es otra iglesia. La de abajo está dedicada a San Juan Bautista, y la de arriba, a María. Esta tiene a la entrada una pintura de María en un burro, caminando en la montaña hacia donde su prima. Me sentí sobrecogida al meditar este misterio.

Esas iglesias están al cuidado de los franciscanos. Al ir ajando contemplamos el pueblito y nuestra casa de Sión, que se ve preciosa. Luego nos tomamos una foto sentadas en el pretil.

A las once de la mañana tuvimos la eucaristía en Sión. Asistieron las contemplativas. ¡Qué alegría verlas y conocerlas! Son simpatiquísimas. Unos semblantes tan alegres, tan puros. Visten un hábito sencillito gris celeste, de manga larga, y un velo negro. Una de ellas es la encargada de la capilla. Cantan muy lindo. Algunas partes de la misa fueron en hebreo, ¡qué emoción!

Estamos invitadas para ir a las dos de la tarde a la casa de las contemplativas. Una de ellas nos vino a buscar. Conocimos la casa (cosa que no es común, no se acostumbra), es bastante nueva, muy sencilla y muy linda. En cada cuarto hay una cama, una silla, una mesita, un armario pequeño y un crucifijo. Me conmovió, sentí tan duro que no pongan flores... Estas abundan en el jardín.

La capilla tiene forma octogonal, en representación de los ocho días previos a la Resurrección. El día octavo representa la Resurrección de Cristo. Tiene un altar pequeño, con una loseta del Ecce Homo que les regalaron. Lo tienen descubierto. En la pared, un cuadro de Miriam, la que toca la pandereta y baila para el Señor. No puede faltar el sagrario, que invita a rezar.

Nos acogieron de una manera admirable. ¡Qué cariño! ¡Qué sencillez! Compartieron con nosotras un cafecito con galletas. ¡Qué belleza de experiencia! Contagian con su alegría. Hora y media para mí fue como un momento.

Este día está lleno de emociones, pues la tarde está reservada para ir a conocer la casita del padre María. Esto sí que es emocionante, tengo hambre de conocer; siento que ya no aguanto. Nos acompaña sor Génévieve. Claro, en francés. Abrió la casita. Yo toda ojos, camino tímida, despacito, sentí que entraba a un sagrario, me sentí chiquitita, sentí un respeto tan grande que la curiosidad que tenía no me pudo. Todo lo admiré. Sí, toqué, pero con un gran respeto, con mucho cariño. Vi en todo al gran santo.

La casita es una joya, un verdadero tesoro. Me gustaría meterla en un relicario para que nada se pierda ni se deteriore. El cuarto es muy pequeñito Me sorprendió ver la cama tan pequeña. Yo tenía la idea de que el padre María era un hombre alto y fornido, y veo que no. La cama es de hierro: un catre. Está el colchón, la mesa de noche con sus cosas, el reclinatorio, el manto, el sombrero, una mesa, el calendario: mayo 1º (su cumpleaños numero 70, en 1884), fotos de su familia, un álbum, en fin, todas sus cositas muy bien conservadas.

Él murió en la salita de al lado, un poquito más amplia que su dormitorio. En esa salita él tenía un lugar donde se sentaba mirando hacia la "Torre de David". Esta torre es de gran belleza. Su construcción fue idea del padre María. Está en el jardín, unida a la casita del padre por un caminito como de veinticinco metros. Es como una torre, pero abierta. Adentro está la imagen de María. Quién como a ella, hija de Israel por excelencia, le correspondía estar dentro de la Torre de David, construida especialmente para que fuera su trono en Sión. Ahí, blanca, hermosa, linda, todavía luce nuestra madre, llena de la paz que irradia y la da a todo el que llega. El padre María la contemplaba con frecuencia. La Virgen del milagro no se apartó nunca de él.

Cuando el padre María murió tenía la mirada fija hacia una pared y su rostro resplandeció. En esa pared se puso un cuadro de la Virgen María. El amor del padre María por su madre, la Virgen María, fue muy grande.

Esta propiedad de Ein Karem es un verdadero paraíso. La vegetación es abundante y fructífera. Hay olivos, almendros, albaricoques, granadas, uvas..., muchas clases de frutas. ¡Qué bendición de tierra!

La emoción sigue. ¡Qué día más rico, lleno de Sión! A las cinco y media de la tarde saldremos para la comunidad de Ratisbona. Estamos invitadas para ir a la entrada del "Día del Señor" y a cenar. Marta vino por nosotras. El carro es pequeño, así que Vicky llevó el de Ein Karem y nos fuimos.

Nos recibieron con los brazos abiertos. Son muy lindas. Tenían la casa bellísima. La liturgia de la entrada al "Día del Señor" fue muy bonita: en la mesita de la entrada había muchas flores y un recipiente con agua. Cada una fue poniendo una flor en el recipiente, al mismo tiempo que expresaba una intención. Entre todas fuimos haciendo el arreglo floral con intenciones muy significativas. El tema era "Las cabañas". La fiesta de las cabañas: subir a Jerusalén para ser vista por el Señor y para ver al Señor.

Las hermanas son muy abiertas. Me hicieron sentirme en mi casa. Además son muy alegres y unidas. Se interesaron mucho por lo nuestro, haciéndonos preguntas. Fue muy lindo, ya que Pilar y Marta hablan español. Nos tenían un verdadero banquete, muy rico y muy bien presentado: carnes, ensalada, vino, una trenza de pan deliciosa y un gran postre. Este encuentro fue algo tan lindo que nunca lo olvidaré. Marta vino a dejarnos, pues queda relativamente cerca.

Ratisbona es un edificio enorme, que fue construido para la educación de jóvenes de pocos recursos. Fue el padre María quien tuvo esa idea y quien dirigió la construcción. Ahora es un instituto abierto, donde se llevan a cabo estudios bíblicos importantes a nivel internacional.

Domingo 15 de octubre

Hoy tenemos viaje a Tel Aviv con Fabiola. Vamos a misa a las ocho de la mañana en la Iglesia de San Juan Bautista. Saldremos de misa directo a tomar el bus para Jerusalén. Así es que nos fuimos a misa con todos los chunches, pues no volveremos hasta mañana. No tengo ganas de ir, pero ya lo tenían planeado y organizado, así que jale, con ganas. María y Amparo están enfermitas, no van. La misa fue en la parte de arriba. Muy poca gente. Los buses de aquí nos llevan a la ciudad nueva. Mucho movimiento, todo muy lindo y en grande. Llegamos a la terminal de buses. Un gentío. Bus que se llena, bus que sale. Así que salimos rapidito.

Tel Aviv es enorme, una belleza. Es una ciudad judía nueva, muy importante. Tiene mucho comercio. Una ciudad a todo dar. Los buses son enormes: dos en uno, unidos por medio de una gran rueda en el suelo. Cuando dan vuelta lo hacen con gran flexibilidad. Claro, las calles están hechas para esto, son anchas, preciosas. Hay muchos árboles.

A las once y media llegamos al apartamento donde dormiremos. Es muy lindo y cómodo, tiene de todo. Es de la familia de Ibolia. Ella lo usa, pues trabaja ahí tres días por semana. Tomamos fresco con galletas. Hice arroz y luego nos fuimos a un museo, una verdadera maravilla. La organización y la decoración son exquisitas. El edificio es elegante.

Hay una exposición con el proyector, pero todo es en grande. Cada persona dispone de mucho espacio, con proyectores, grabadoras, televisores... Cada uno tenía la explicación con diapositivas. Se cogen audífonos para escuchar en el idioma que se desee. Es la historia de Israel, sus luchas, sus sufrimientos, trabajo, deportaciones, destrucciones, pero a pesar de todo eso y gracias a su tenacidad, perseverancia y fidelidad, Israel se mantiene y existe.

El edificio tiene varios pisos y cada sala más linda que la otra, todas alfombradas. Las cosas puestas con mucho gusto. Luces indirectas, música suave de fondo. Disfruto muchísimo. El idioma ayuda. No se permite hablar, pero Ibolia nos decía algunas cosas en voz baja. Por las fotos y las vistas yo entendí bastante.

Hay una sala que me impresionó mucho: la sala de los rostros. ¡Qué rostros! Unos partían el alma. Rostros de niños, jóvenes, ancianos. Rostros de horror, de terror, de angustia, algo interminable. Yo me sentía impotente. Eso me sacudió. Refleja el sufrimiento y los trabajos pasados por Israel.

Los rostros de las personas que ahora viven ahí, ¡qué diferentes!

El contenido, el fondo, el valor del museo, dicho por sor Andreína: "No es un museo de cosas de valor, pero sí un museo de gran valor, de un gran valor

profundo de la historia de Israel, lo que ha sido la vida de los judíos en la diáspora”.

Las distintas personalidades, tipos, edades, rostros, color, figuras, miradas... Cada uno con su expresión de alegría, paz... Viejitos, niños, jóvenes. Las costumbres de cada país. Las distintas construcciones de las sinagogas, según el país.

Israel es lo que hoy es por la fidelidad y la solidaridad entre sus habitantes.

A la entrada había unas enormes piedras, tan enormes que una se preguntaba cómo las llevaron. Qué carcajada al saber que están hechas de pasta. Pero eran como piedras reales.

De nuevo al bus. ¡Qué misterio!, dos buses en uno. Ya vi que están unidos por medio de una pared plegable. Son muy bajos, no se les ven las llantas. Da la impresión de que es una plataforma en el suelo.

De nuevo al apartamento. Son las cinco de la tarde. Almorzamos con una gana que ayúdenme a decir... Después de un descanso nos fuimos para Jaffa. La vieja Jaffa de Pablo, la de los Hechos de los Apóstoles. Fuimos al mercado. Una delicia de frutas y verduras. Nos fuimos por la orilla del mar, el mar Mediterráneo. Recorrimos un largo trecho. ¡Qué belleza! Una noche fresca, con luna, preciosa.

Subimos a la Iglesia de San Pedro, dedicada a él. Subimos bastante. La subida y la explanada son de gran belleza. Conocimos muchas cosas lindas ahí. Un museíto relacionado con San Pedro y San Pablo. La iglesia está dedicada a San Pedro. Fue construida donde estaba la casa de Simón el Mago y donde Pedro tuvo la visión de la manta llena de animales no puros y que recibió la orden de matar y comer: “No llames impuro lo que Dios creó”.

En la explanada había mucha gente paseando, disfrutando de la noche tan linda, a pesar de la subida. Todo está muy bien iluminado que parece de día. Yo disfruté mucho y descansé.

El paseo a lo largo de la playa fue muy lindo, escuchando el silencio y solo el ruido del mar. Además, una luna preciosa. Llegó sor Regine y estuvimos conversando largo rato con ella. Luego nos fuimos a tomar el bus para regresar a Tel Aviv. Llegamos a las diez de la noche. Comimos una ricas frutas, y a dormir. Ibolia nos tenía todo listo y organizado. ¡Buenas noches, Tel Aviv!

Lunes 16 de octubre

Nos levantamos tarde. Desayunamos, acomodamos todo y nos fuimos a pie a la playa. Queda lejísimos. Fuimos conociendo. La ciudad es muy linda, moderna y muy bien distribuida. Tiene unos rascacielos enormes. Conocimos un edificio que no tiene ni un año de construido, lindísimo. Hay una fuente muy linda y a su alrededor mesas y sillas. Venden comidas. El piso de abajo tiene solo tiendas chic. El tercer piso es una explanada con una vista lindísima.

Después de caminar y caminar, llegamos a la playa. Todo bien acondicionado, sillas de playa con grandes sombrillas y, sobre todo, el mar Mediterráneo, casi sin olas, con agua clarísima y un cielo precioso. Nos dimos una bañada riquísima. Los judíos ortodoxos tienen una playa solo para ellos: hombres y mujeres aparte. Tel Aviv es de gente rica.

Regresamos al apartamento a almorzar, ordenamos todo y nos alistamos para el regreso. Salimos, subimos un poco y tomamos un bus que nos dejó cerca de la terminal de los buses de Jerusalén. Ahí encontramos dátiles frescos, ¡qué delicia! En el camino hicimos fiesta.

De nuevo en Ein Karem. ¡Qué alegría! Les hicimos la boca agua con el lindo paseo.

Cada día es especial, con su belleza y su riqueza.

Cuando llegamos a Roma, disfrutamos con la luna llena de septiembre y aquí estamos disfrutando de la luna llena de octubre. Una luna llena nos recibe en Roma y otra nos despide de Ein Karem. ¡Qué consentimiento!

Martes 17 de octubre

A las siete de la mañana tuvimos la Eucaristía en la capilla, que es grandecita y muy linda. Celebró un padre diocesano, amigo de Sión. Las lecturas fueron en francés, y todo lo demás, en hebreo. Me encantó. Las hermanas contemplativas, que dirigen el canto, entonaron varios cánticos en hebreo. Cantan muy lindo, suavcito. Las bancas de la capilla están colocadas de tal manera que uno queda de frente, viéndose las caras siempre.

A las diez salí con sor Ibolia a comprar algunas de las cositas encargadas y de las que yo quería llevar a Costa Rica. Me sentí muy feliz de volver a Jerusalén. Entramos por la Puerta de Sión y anduvimos bastante. No encontrábamos lo que Virginia quería: una cruz de Jerusalén. Por fin compré una. Encontré cosas muy lindas para las novicias, para los de casa y para mí. Compré dátiles para María y para mí. En una calle de Jerusalén pude ver a una muchachita que puso una alfombra en el suelo, sacó su arpa y comenzó a tocar muy lindo. Mucha gente la rodeaba. Me gustó mucho.

Compré un cono que me supo a gloria. Es tarde y hemos caminado mucho. ¡Bendito sea Dios! Ir de nuevo a Jerusalén.

A las dos de tarde estábamos de nuevo en la casa para almorzar. Luego fui a ver la venta que tienen las hermanas en la caseta de entrada. Como ahí mismo está la persona que cuida, siempre hay alguien que atiende. Tienen cosas muy lindas, entre ellas una colección de fotografías de Sión. Compré varias cosas y luego me fui a darle una vuelta a la propiedad y a la tumba del padre María para despedirme.

¡UNA SORPRESA! A las cinco de la tarde, todo el mundo tiene que estar en la "succa". Así que a correr y a ponerse bonita. ¡Dios mío, qué pasa! Empiezan a llegar los invitados. ¡Qué emoción! El Consejo Provincial, las hermanas del Ecce Homo, las novicias, las hermanas de Ratisbona, el padre Sabia. Un asador encendido y mesas debajo de los árboles, adornadas y llenas de cosas ricas. Y aquel alboroto y alegría, a la vez que tristeza, pues es nuestra despedida.

Una liturgia lindísima en la "succa", mitad en español y mitad en francés. Cada una de nosotras hizo una oración de petición o de acción de gracias, por una de las casas. El nombre lo escogimos al azar. A mí me tocaron Lucy y el Consejo. Estaba escrito en una tarjeta. Cada una decía una oración y entregaba la tarjeta a la casa correspondiente, y luego encendía una vela por esa casa. Fue algo muy emocionante e inolvidable.

Los cantos, muy lindos. Una novicia tocó la guitarra. Luego siguió la cena, todo en la "succa". Fue un completo banquete: brindis, hamburguesas asadas, ensalada, queso fresco, helados, melón. Nos pidieron que cantáramos en español. Luego, ¡qué sorpresa!, Lucy nos tenía un regalo y una bomba: "Dios creó el mundo y vio que todo era bueno; pero se dio cuenta de que le faltaba algo: eran las ticas." ¡Qué bullón hicimos! Luego abrimos los regalos. El mío era un mosaico de Jerusalén, muy lindo. Y la fiesta siguió. Judite y el padre Sabia son muy alegres. Fue algo muy lindo este encuentro con las hermanas, algo que no se cambia por nada, inolvidable.

Y comienzan las despedidas y los ayes. Foto va y foto viene... Poner en orden las cosas.

Miércoles 18 de octubre

Hoy es el gran día de la partida de esta querida tierra.

Esta mañana amaneció lloviendo, una lloviznita riquísima. Me imaginaba la alegría de las plantas y la tierra, bañándose después de tanto tiempo. Hasta esa delicadeza tuvo el Señor conmigo: que viera la lluvia tan preciada.

Desde mi cuarto me di cuenta de algo muy lindo esta mañana: hoy es día de ir en peregrinación a Jerusalén. Se veía una multitud enorme. Vimos a los peregrinos desde que iban allá arriba y bajaban, y luego tenían que subir y subir. Una verdadera cinta humana, interminable. Suben a Jerusalén por la fiesta de las cabañas. Se llama el día de Jerusalén. Subir a Jerusalén para ser visto por Dios y para ver a Dios.

A las siete de la mañana el padre Sabia vino a celebrar la Eucaristía. ¡Qué delicadeza! La celebra para despedirnos y la ofrece por nosotras, por nuestro viaje, en acción de gracias por nuestra peregrinación en Tierra Santa. Habló del sentido de peregrinación: "Yo les di todo ese sentido de peregrinación, llevándolas a las fuentes, a la fundación, al comienzo de la historia". Esta Eucaristía era la última para nosotras en Israel. Fue celebrada en la explanada, el ordinario en hebreo y el resto en francés. Los cantos muy lindos y significativos. El último decía: "Marcha gozoso, pueblo de Dios. ¡Aleluya! Yo estaré con vosotros."

A las nueve y media, despedida del padre Sabia. ¡Qué persona tan fina, tan humana!

Luego, a preparar las valijas. Fuimos a despedirnos de la casita del padre Marie y de las hermanas que estaban ahí. Otra miradita al jardín. Cogí una ramita de olivo como recuerdo.

A medio día, el almuerzo: pollo, papas a la francesa, ensalada y un postre riquísimo de dátiles y pasas. Nosotras cantamos para bendecir la mesa. El ambiente fue muy alegre. Michelle, la novicia, nos acompañó. Es muy simpática y excelente fotógrafa.

Terminado el almuerzo me fui a hacer unas tortillas con queso para Vicky. Se puso muy feliz.

A las dos de la tarde, cafecito con tortillas en nuestro cuarto. Estaban también dos hermanas de sor Carmen Farrugia.

La salida está programada para las tres de la tarde. Las hermanas contemplativas nos esperan abajo para despedirnos. Son muy cariñosas y lindas. ¡Qué semblantes!

Salimos en taxi con Vicky. Ya el camino me es conocido. Llegamos al aeropuerto. Después de un rato nos chequearon las valijas. Adiós a Vicky y listas para partir.

Seis y media, despegue del avión, una maravilla. Nos dijeron que serán cuatro horas y cuarenta y cinco minutos de vuelo. Es un avión de tres motores, enorme y lindísimo. Rapidito nos pasaron un refrigerio y más tarde la comida, una delicia. Nos dieron un taco con carne de pavo, arroz y postre. Me siento muy bien, feliz de volver a Costa Rica, llevando un gran tesoro dentro, gracias a mi Señor, mi Dios, Rey de Israel.

A las once de la noche llegamos a Madrid. Un aterrizaje fantástico. Salimos y recogimos las valijas. Con gran costo subimos con las valijas al segundo piso, para hacer la reservación de regreso a Costa Rica. Ya solo con el equipaje de mano nos fuimos a buscar la oficina de Madrid Amigo. La muchacha, muy atenta, nos arregló todo para que nos llevaran al hotel, nos dio el comprobante para que nos recibieran y un tiquete para hacer un *tour* por la ciudad al día siguiente. En una buseta muy linda, un chofer muy fino nos llevó hasta el Hotel Mayorazgo. ¡Una belleza! Antes de entrar al hotel nos explicó dónde debíamos estar al día siguiente para el *tour* a la una de la tarde.

Llegada al hotel, una entrada preciosa. Yo toda ojos, a pesar de ser tan tarde. Una sala de espera preciosa, todo muy bien decorado. En la oficina nos recibieron muy bien. Revisaron papeles y confrontaron nuestros nombres con los que ellos tenían. Todo estaba bien. Nos tenían tres cuartos, uno abajo y dos en el cuarto

piso. María y Carmen se quedaron abajo. Las otras subimos con un joven en el ascensor. Yo comparto el cuarto con Virginia. Era pasada la media noche y yo no tenía sueño. Un cuarto enorme, lo más lindo. Dos grandes camas, sala de baño, todo muy lindo y limpio. Ya no tengo miedo de estar en un hotel. Con esta es la tercera vez. Muy tranquilo, no se oye nada, un gran silencio, pero casi no dormí, me sentía encerrada.

MADRID



Jueves 19 de octubre

Me desperté a la cinco de la mañana. Estaba oscurísimo. A las siete todavía no había amanecido. A las ocho, ¡arriba!, ya no aguanté más. Me di una bañada riquísima. Cuando estuvimos listas, llegaron Amparo y Argentina y salimos a la azotea. Ya eran casi las nueve y todavía estaba oscuro, como en Costa Rica a las cinco. Miré hacia abajo y no se veía gente en la calle. Los edificios son altísimos de color oscuro. Todo es muy lindo.

Ya juntas las cuatro, bajamos (yo con todo), al cuarto donde estaban los otras dos. ¡Qué alegría, las seis juntas! Abajo es otra cosa: puertas abiertas, gente que circula. Nos contaron que Mercedes había llamado y que venía por nosotras. ¡Qué fina! Anoche, en Madrid Amigo, nos dijeron que ella había llamado.

A las nueve y media nos sirvieron el desayuno: un pan riquísimo en forma de cangrejo, quesitos, mermelada y café riquísimo. Todas en una mesa redonda, con mantel. El comedor es muy lindo y muy bien decorado. Después del desayuno fuimos al cuarto y llamamos a Mercedes para decirle que estábamos listas. En cada cuarto hay teléfono. Mientras esperábamos, yo fui a ver una exposición muy linda, y aproveché que había una salita para escribir mis impresiones.

Nos ofrecen un lugar seguro para dejar nuestras cosas, pues en los cuartos no se puede dejar nada. A la llegada de Mercedes, ¡qué alboroto! Nos pusimos de acuerdo en lo que queríamos hacer. Tenemos todo el día. Lo primero, conocer la casa de Madrid. Todavía está un poco oscuro y frío. ¡Qué sorpresa! Vamos a ir en metro. En la acera se ve una baranda, unas gradas, y allá, en el fondo de la tierra, ¡qué maravilla de organización! Es algo tan grande y bien organizado que me dejó con la boca abierta.

Se llega a la estación, se espera un momento, llega el metro, se abren las puertas, rapidito unos bajan y otros suben, se cierran las puertas y rapidito se va. Hay que estar muy seguro del lugar adonde se va para bajarse rapidito también. Dicen que hay muchas líneas, unas debajo de las otras. La cuestión es que me encantó el metro. Es un tren muy veloz, pero no se siente. Es muy lindo, muy emocionante, me sentí muy feliz. Rapidito llegamos a la casa. Tenían un gran café listo, muy copioso. Sor Ionel es encantadora. La casa está en el sexto piso. Tienen muchos canarios. Conocimos toda la casa y salimos.

Tenemos el almuerzo en el hotel a la una de la tarde. Mercedes almuerza con nosotras. El almuerzo es muy bueno, pero rápido, porque a las dos de la tarde tenemos que estar afuera para el *tour*. Ahí estuvimos de pie, con mucho viento y frío hasta las tres y media, y el bendito *tour* no se realizó.

Luego Mercedes nos llevó a conocer un edificio muy grande, pero que solo tiene escaleras mecánicas. Yo no quise subir porque tuve miedo. Entonces nos llevó a Ediciones Paulinas. ¡Qué maravilla! Hay muchas cosas bellas: tarjetas, pósteres y muchas cosas más. Compramos bastante. Luego nos fuimos en metro al hotel, ¡qué lindo! Mercedes pasó el día con nosotras. ¡Qué fineza! Nos hizo sentirnos felices y acompañadas.

Estamos en el vestíbulo del hotel con todo listo, esperando que vengan por nosotras. Mercedes nos acompaña. A las ocho de la noche llegó el carro que nos llevaría al aeropuerto. Llegamos de nuevo a la sala de espera, ya conocida. Ahí habíamos estado cuatro horas cuando vinimos.

A las diez menos cinco todavía no nos llamaban. Fuimos al puerto libre. Algunas compraron cosas. Yo no.

Por fin anunciaron nuestro vuelo. Salimos por la puerta ocho. Llegamos al avión a buscar nuestro lugar. Nos pusieron en la primera fila, cerca de la pantalla. Adelante es muy feo, pues no se pueden estirar las piernas. Como había espacio, me pasé a la fila de atrás y ahí sí estuve bien instalada.

A las once y cinco despegue. ¡Fantástico! No se sintió nada.

Señor, tú dijiste "Yo estaré siempre con ustedes". Creo en ti y en tu palabra. En tus manos estoy, en tus manos pongo este viaje. Dame tu bendición, es el final de nuestra jornada, de nuestra peregrinación.

El avión es un DC-10. Se llama Costa del Sol y subirá a 10 000 pies de altura. Tiene capacidad para 240 personas y viaja a 900 km por hora. Lleva 1000 toneladas de combustible. El capitán del avión habla a los pasajeros. Nos da las gracias y nos desea un buen viaje.

El movimiento del avión no se siente. A las doce de la noche sirvieron la cena, riquísimo todo.

A las seis de la mañana nos sirvieron el desayuno. A las siete, hora de Madrid, bajamos en San Juan, Puerto Rico. Ahí vimos al padre Salvador, de Zapote, de los padres terciarios. Media hora y estábamos de nuevo en el avión. Hay mucho espacio, justo en la ventana, lo que yo quería. Sin perder tiempo me pasé. ¡Qué alegría! A las siete y media, hora de Madrid, despegue. Nos dicen que son tres horas de viaje a Costa Rica. Es el último trecho del viaje. ¡Qué alegría! Siento que mi corazón se sale.

Voy disfrutando de lo lindo en la ventana. Parece que el cielo está abajo. De un celeste lindo con parches blanquísimos.

De madrugada el cielo se ve estrellado. San José a la vista. Parecía como un portal. Pronto llegaremos. El aterrizaje fue magnífico, suavecito. Pronto salimos del avión. No sé qué sentí. Nos revisaron los pasaportes. Las valijas tardaron algo en salir, pero, por dicha, todas llegaron. La mía no me la revisaron. La cogí y no sentí que era pesada. Fui la primera en salir. Eran las tres y cuarenta de la mañana. Allí estaban don Víctor y Dita. ¡Qué alegría! Yo me vine en el carro de Zapote.

Viernes 20 de octubre

Llegamos a Costa Rica a las tres y cuarenta de la madrugada.

Me fueron a dejar a Coronado. Llegué a las cinco y media. Yo no cabía de alegría. La casa abierta, lindísima. Flores por todas partes y plantas. Una belleza. Mi cuarto lucía como el cuarto de una reina: floreros bellísimos y tarjetas, entre otras cosas.

Bajamos al comedor, lindísimo. Y todo por mí y para mí. Virginia no estaba, ¡qué triste!, está en México haciendo su retiro.

Durante la noche en el avión no dormí, me siento como tonta, pero me quedé de pie hasta la hora del descanso. Llamé a Pili, mi hermana. Las hermanas, lindísimas, me consintieron mucho.

“Señor, nuevamente en casa después de un viaje tan lindo, tan rico, sin problemas. No tuve ni el menor inconveniente. Bendito seas por siempre. Gracias, Padre, mi Rey y mi Dios y mi todo. Por todo esto gracias a Ti y a mi Madre la Virgen María.”

RECORDAR ES VIVIR.

